

**EL HÉROE Y EL ANTIHÉROE EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS: UNA
BATALLA CONTEMPORÁNEA DE UNA GUERRA ETERNA**

ESTEBAN ALBERTO ARISTIZÁBAL AGUDELO

JOHAN YESID ÚSUGA ÚSUGA

CATHERINE VÉLEZ MEJÍA

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

MAESTRÍA EN LITERATURA CON LINEA DE INVESTIGACIÓN:

LITERATURA, HIPERTEXTO Y FORMACIÓN

MEDELLÍN

2015

**EL HÉROE Y EL ANTIHÉROE EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS: UNA
BATALLA CONTEMPORÁNEA DE UNA GUERRA ETERNA**

ESTEBAN ALBERTO ARISTIZÁBAL AGUDELO

JOHAN YESID ÚSUGA ÚSUGA

CATHERINE VÉLEZ MEJÍA

Tesis para optar al título de Magíster en Literatura con línea de investigación:

Literatura, Hipertexto y Formación

Asesor

JUAN CARLOS RODAS

Magíster en Educación

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

MAESTRÍA EN LITERATURA CON LINEA DE INVESTIGACIÓN:

LITERATURA, HIPERTEXTO Y FORMACIÓN

MEDELLÍN

2015

DECLARACIÓN ORIGINALIDAD

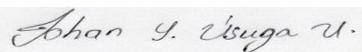
“Declaro que esta tesis (o trabajo de grado) no ha sido presentada para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad”. Art. 82 Régimen Discente de Formación Avanzada, Universidad Pontificia Bolivariana.

FIRMA AUTOR (ES) _

Esteban Alberto Aristizábal Agudelo:



Johan Yesid Úsuga Úsuga:



Catherine Vélez Mejía:



Nota de aceptación

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

Medellín, 21 de enero de 2015

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, queremos agradecerle a Dios por habernos permitido alcanzar un gran logro académico como lo es una maestría, después de tantos avatares y obstáculos, y después de tantos momentos de angustias y, en ocasiones, de desesperos. Gracias a Él, sin embargo, hoy llega a su fin este trascendente proceso de formación.

De igual manera, es nuestro deseo agradecerles a nuestras familias, que estuvieron a nuestro lado, incluso en los momentos en que estábamos a punto de desfallecer. Nos acompañaron con su apoyo moral, y por eso se merecen lo más grato de nuestros agradecimientos.

También, deseamos dar un especial agradecimiento a SEDUCA, institución que confió a plenitud en nosotros al otorgarnos una beca de maestría, y a la que hoy, al terminar este trabajo de grado, estamos respondiendo con altura.

Finalmente, agradecemos de todo corazón al profesor Juan Carlos Rodas Montoya. Gracias a sus atinadas aportaciones, supimos darle una dirección real a este trabajo. Con cada una de sus asesorías supo llenarnos de fe y esperanza para concluir con éxito este relevante estudio de posgrado.

DEDICATORIA

El día a día trae consigo innumerables eventos que hay que saber sortear de la mejor manera. Es así como indiscutiblemente nos damos cuenta del sabor que adquiere cada triunfo cuando tiene un precio alto, y cuando se paga con el amor, la dedicación, el esfuerzo y la responsabilidad, la vida misma sabe mejor.

Los frutos de la reunión de esas cualidades germinaron en este trabajo investigativo, y hoy, queremos dedicarlo a nuestras familias que han sabido confiar en nuestras capacidades, acompañarnos en todo momento y brindarnos su apoyo incondicional.

CONTENIDO

I. Resumen.....	8
II. Introducción.....	9
1. SOBRE FERNANDO VALLEJO, LA VIRGEN DE LOS SICARIOS Y EL	
LECTOR.	
1.1 SOBRE FERNANDO VALLEJO.....	11
1.1.1 Las mutaciones del héroe en La virgen de los sicarios.....	11
1.1.2 Sobre los orígenes remotos de Fernando Vallejo.....	14
1.1.3 Su formación académica y literaria.....	16
1.1.4 En la búsqueda de sí mismo.....	18
1.1.5 Su primera incursión en el mundo literario.....	21
1.1.6 Su reconocimiento en el ámbito literario.....	24
1.1.7 Posibles influencias literarias.....	26
1.2 LA VIRGEN DE LOS SICARIOS.....	31
1.2.1 Las encomiendas de La virgen de los sicarios.....	31
1.2.2 Las intenciones en La virgen de los sicarios.....	32
1.2.3 El héroe vs el antihéroe en el objeto literario.....	46
1.3 EL LECTOR.....	57

1.3.1 Otra lectura de La virgen de los sicarios: la mirada cinematográfica.....	57
2. HÉROES Y ANTIHÉROES EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE CATEGORÍAS.....	60
2.1 La anomia como concepto.....	60
2.1.2 Manifestaciones de la anomia en la literatura colombiana.....	61
2.2 La novela de crimen: un género colombiano por excelencia.....	64
2.3 Sobre el héroe y el antihéroe, breve conceptualización.....	68
2.3.1 Tensión entre héroe y antihéroe en los protagonistas de La virgen de los sicarios.....	74
2.4 Consideración final.....	86
2.5 Conclusiones generales.....	89
3. PROPUESTA DE LECTURA ESTÉTICA DE LA VIRGEN DE LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO.....	92
3.1 Justificación.....	92
3.2 Objetivos.....	95
3.3 Metodología.....	96
3.4 Evaluación.....	99
III. Referencias.....	100

RESUMEN

Este trabajo investigativo contiene inicialmente un recorrido por la vida de Fernando Vallejo, por su obra, *La Virgen de los sicarios* y por la recepción que ha tenido dicha obra. En el primer aspecto se enfoca el estudio hacia la formación y el pensamiento que ha devenido de esa formación y que es evidente en sus escritos; en el segundo hacia la tendencia crítica y reflexiva de dicha obra y, por último, en cómo se ha visto y reproducido desde la estética de la recepción.

Todo ese camino para contextualizar lo principal de este trabajo, un análisis de las categorías de anomia, héroe y antihéroe en *La Virgen de los sicarios*, que permite demostrar a partir de ahí, la existencia de una tensión constante entre las dos últimas categorías, que hacen aún más interesante la lectura o posibles lecturas de la obra en cuestión.

Al finalizar, se encuentra un tercer capítulo que permitirá abordar con nuevas miradas la lectura de esta obra que, desde que salió a luz, ha sido generalizada en el común como una obra infame, dados sus temas polémicos. Esta calificación ha estado más medida por criterios morales que verdaderamente estéticos. Así pues, ese último capítulo trata de rescatar esa obra del ámbito de exclusión en que se encuentra, a raíz de las realidades descarnadas que describe.

La Maestría en Literatura, con la línea de investigación Literatura, Hipertexto y Formación de la Universidad Pontificia Bolivariana, tiene entre sus finalidades primordiales analizar el canon literario colombiano a partir de un minucioso examen de aquellas obras que por diferentes razones han sido aisladas de las distintas antologías que se han intentado en Colombia. Teniendo en cuenta ese propósito, hemos escogido una obra que desde su publicación en 1994 ha generado toda suerte de polémicas y discusiones, dadas las temáticas controversiales que maneja, y que en consecuencia ha sido excluida de plano, no solo de antologías literarias o manuales de literatura, sino del canon literario mismo, y por razones no muy convincentes. Se trata de *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo.

En relación con esta novela, la hipótesis que fundamenta este trabajo es la presunción de que las vidas de los protagonistas de dicha obra oscilan entre las figuras de héroe y antihéroe. Para demostrarlo, nos basamos en diferentes categorías de análisis: *La anomia como concepto; manifestaciones de la anomia en la literatura colombiana; la novela de crimen: un género colombiano por excelencia; sobre el héroe y el antihéroe, breve conceptualización*. A partir de esas cuatro categorías, desprendimos una quinta, que es el corazón de este trabajo: *tensión entre héroe y antihéroe en los protagonistas de La virgen de los sicarios*. Así pues, en esta quinta categoría focalizamos toda nuestra atención, pues tratábamos de demostrar con hechos (citas textuales y análisis inmediatos) la tesis de que en los personajes fundamentales de la novela coexistían de manera simultánea y a veces alternativa las figuras de héroe y antihéroe, y que esas figuras estaban amparadas por cuestiones anómicas.

Por cuestiones metodológicas, este trabajo de análisis investigativo ha sido estructurado en tres grandes capítulos. El primero de ellos da cuenta de unas hermenéuticas que tienen que ver con el lector (la recepción de la obra); el autor (análisis pormenorizado de la vida del escritor que nos ocupa); y la obra como tal (análisis general de la novela). El segundo, cuyo contenido es la razón de ser de este escrito, teoriza sobre el héroe y el antihéroe a partir de unas categorías apropiadas relacionadas con la anomia y con la novela de crímenes. En ese capítulo sustentamos con hechos literarios y análisis respectivos la hipótesis expuesta en el párrafo anterior. En el tercero y último capítulo, se plantea una interesante propuesta didáctica a partir de una mirada estética sobre la novela, ajena a cualquier criterio moral que la empañe. Se busca, pues, con esa propuesta que la obra sea leída en las aulas de clase desde una perspectiva estética y poética, no exenta, sin embargo, de una lectura vertical que dé cuenta de una realidad sobrecogedora como la colombiana. Finalmente, ofrecemos unas conclusiones generales que recogen de manera sintética todas las conjeturas formuladas aquí; asimismo, incluimos al final una extensa bibliografía que de uno u otro modo sirvió para enriquecer este trabajo.

CAPÍTULO 1

SOBRE EL LECTOR, FERNANDO VALLEJO Y LA VIRGEN DE LOS SICARIOS

“Ha habido una especie de degradación del concepto de héroe en el sentido de que la heroicidad no se basa hoy en las cualidades intrínsecas del personaje sino en la relevancia circunstancial que gratuitamente le otorga el autor.”

(E. García)

Las mutaciones del héroe en la virgen de los sicarios

En la presente investigación, hay varias categorías que se pretenden profundizar a partir de las luces que pueden brindar los estudios realizados y el análisis propio del objeto literario y de algunos planteamientos teóricos sobre los cuales se permita dicho análisis.

Teniendo en cuenta lo anterior, un primer capítulo gira alrededor de las hermenéuticas del autor, del texto y de la recepción de la obra –como se apuntó en la justificación-, lo que facilita una aproximación al contexto de lo que en este trabajo se pretende acerca de las categorías de análisis en el héroe, el antihéroe y lo que tiene que ver con la anomia como carácter influyente en esta dualidad que se presenta en la obra como una tensión constante.

Inicialmente, se pretende sustentar la hipótesis de que la vida y obra de Fernando Vallejo lo convierten, para algunos de sus lectores, en un moderno antihéroe, gracias a lo que escribe y a la forma en la que lo escribe. Luego se ofrece un análisis respecto a la recepción que la obra ha tenido desde su publicación, cómo ha sido leída, cómo es interpretada y cómo ha sobrevivido a la crítica de lectores del común y expertos en la materia. Por último, cómo el texto mismo ofrece su propia posibilidad de lectura, a través

de elementos inmersos en el mismo contexto de la obra, en el que puede verse reflejada una cruda realidad de la Medellín de finales de los años ochenta.

Para la primera parte, la del autor, a través del rastreo de algunos elementos biográficos suyos, se reflexiona sobre cómo esas diferentes experiencias personales influyeron decisivamente en la visión peregrina del mundo que él ha tenido desde que era un joven. Finalmente, a partir de una indagación meticulosa, se llega a la conclusión de que todas esas vivencias pudieron jugar un rol importante para hacer del polémico autor el arquetipo de un antihéroe contemporáneo por cuanto plasma esas características en su obra más reconocida.

Antes que nada, es preciso decir que este texto no contiene una semblanza del autor señalado anteriormente, ni mucho menos un intento biográfico del mismo, puesto que no es lo que pretendemos señalar como primordial en este trabajo, además, porque resultaría ineficaz, dado que nuestra propuesta se ha emprendido con otros objetivos.

Si bien el lector podrá encontrar aquí algunos elementos biográficos de Fernando Vallejo -inevitables en todo discurso escrito como el que en este espacio se pretende llevar a feliz término-, pronto se dará cuenta de que la finalidad no es otra que develar las tensiones que van y vienen en “La Virgen de los sicarios”, a fin de esgrimir la conjetura de que la vida misma de este novelista, biógrafo y ensayista está inmersa de algún modo en algunas de sus obras más reconocidas, hasta hacer de él un antihéroe de su propia obra y, desde luego, de la a veces inquietante sociedad colombiana.

Desde nuestro particular y, por supuesto, discutible punto de vista, es en la obra literaria *La virgen de los sicarios* (1994) en la que más tiende a hacerse visible la figura de

un antihéroe contemporáneo, carente de posición que invite a sus lectores a pensar en el respeto a sus semejantes, independientemente del estrato social al que pertenezcan, y del que el propio Fernando Vallejo ha sido, las más de las veces, espejo exacto de ese antihéroe, dadas sus ácidas opiniones, ya literarias, ya reales, ya caprichosas, en contra de toda una sociedad que requiere, más que críticas corrosivas sin ton ni son, propuestas concretas que coadyuven a que se zanjén sus enésimos problemas sociales.

El teórico español Demetrio Estébanez Calderón (1996), en su Diccionario de términos literarios, define parcialmente al antihéroe de las obras clásicas de la siguiente manera: “(...) se refiere al antagonista que se opone o lucha contra el personaje central de la trama en una determinada obra literaria (...)” (p.40). Como bien se observa, ese personaje busca entorpecer o desvirtuar, a como dé lugar, las proezas del héroe, ya por envidia, ya por encono. Ese mismo teórico afirma que la presencia del antihéroe toma vigor con las obras literarias de la literatura picaresca española de los siglos XVI y XVII.

Por otra parte, la definición precedente de antihéroe ha tomado otras connotaciones en el siglo XX, puesto que se abandonó la idea de que el antihéroe necesariamente tiene que oponerse al héroe para cobrar real existencia. Nótese que Demetrio Estébanez (1996) propone una nueva acepción para dicho personaje, que es, en rigor, la que interesa en este trabajo:

(...) En la literatura contemporánea abundan, como protagonistas, seres anodinos (ni heroicos, ni moralmente ejemplares, ni menos aún triunfadores), a veces degradados hasta niveles paródicos y grotescos, o que, mediante actitudes displicentes, muestran su desprecio o rebeldía frente a la sociedad en la que viven (...) (p. 40).

De acuerdo con esta definición, podría decirse que los personajes de la mayoría de las obras de ficción de Fernando Vallejo son antihéroes, quienes no logran satisfacer a plenitud sus deseos, ni mucho menos son sujetos socialmente aceptados, tal y como ocurre con el propio Vallejo, quien es odiado más que amado por su lenguaje procaz y severo, sin contemplaciones, sobre todo en una sociedad como la colombiana, que aún sigue siendo tradicionalista, reaccionaria ante las nuevas tendencias, trátese de las que se trate, sociedad que no siempre carece de razón, pues la pérdida de valores que aquí se vive a diario deja, por cierto, mucho qué desear.

Sobre los orígenes remotos de Fernando Vallejo

Durante los últimos años han sobresalido varios autores colombianos que en las letras hispanoamericanas por su producción, bien sea por su calidad o por lo que alcanzan a generar cada vez que deciden publicar sus ideas escritas. Tal es el caso de Fernando Vallejo Rendón, nacido el 24 de octubre de 1942 en Medellín, en la calle Perú del barrio Boston, quien, por lo punzante de sus escritos y opiniones, ha captado la atención de la crítica, del mundo de la política, de los altos jefes de la Iglesia, amén del público en general.

Este polémico escritor es hijo de Aníbal Vallejo Álvarez, un digno representante de la estirpe antioqueña y doña Lía Rendón, quien encarnaba las virtudes teologales de la mujer del Evangelio y la arrogancia superlativa de las heroínas clásicas que, al despedir a sus hijos que iban a la guerra, lo hacían con la turbadora consigna, tal y como Acevedo Restrepo (2007) lo expresa: “Aquí debes volver con el escudo o sobre el escudo” (p. 20).

Según estas características familiares, puede decirse que Vallejo heredó la parte intelectual por parte de su padre, ya que este era reconocido por su personalidad en el campo de la política, en el que fue secretario de Gobierno de Antioquia, Parlamentario y Ministro de Estado. Cabe suponer, entonces, que al crecer tan cerca del mundo de la política, conoció a fondo los tejemanejes que se gestan en esta y por eso suele atacar con tanto ahínco al sistema político colombiano.

Durante su niñez estuvo en compañía de su familia y alternó su estadía entre su natal Medellín y la finca de su padre, La Cascada, en Támesis, Antioquia, de donde pudo haber adquirido el amor por los animales, pasión que marcará en lo sucesivo el camino de su vida frente a sus gustos, amores y desamores. Según Acevedo Restrepo (2007), esta finca, ubicada a cinco kilómetros del casco urbano del municipio mencionado, y con una topografía fértil y propicia para diversos cultivos, era hacia la que se encaminaba la familia completa en sus ratos de ocio, que eran casi todos los fines de semana. Este hecho es destacado por el propio autor como algo que no cabe en la imaginación de cualquier hogar conformado en la actualidad, ya que era una numerosa familia y que, sin lugar a dudas, marcará el amor y la defensa que siempre ha demostrado en todas las acciones de su vida por los animales, amor que es conocido por todos, ya que siempre destina gran parte de su capital para obras benéficas en pro del bienestar de los perros, que para él sí son indefensos.

En una conversación con el periodista Sebastián Díaz López en 2013, en un conocido café de El Poblado, Vallejo dejó entrever una clara hesitación entre los animales y los humanos. Ante la pregunta: “Maestro, si sus abuelos, los de la finca Santa Anita, estuvieran vivos y le tocara elegir entre ellos y un perro, ¿a quién elegiría?”, él se quedó pensando por unos segundos, y con la mirada inquieta respondió: “Bueno, pero mejor entre

mi abuela y un perro”. Lo que hace pensar que su abuela es su ser más querido, y que su abuelo no tanto, de hecho, excluirlo en la pregunta hace suponer que en vez de su abuelo, escogería al perro. “Elegiría a mi abuela, por supuesto”, respondió. Es paradójico que se tomara un tiempo, así fueran unos segundos, con lo que demuestra que Fernando Vallejo no dejará nunca de defender a los perros.

Su formación académica y literaria

Es innegable que la obra de Fernando Vallejo como literato, periodista y cineasta ha sido venerada por muchos y criticada y refutada por otros tantos, además de ser estudiada y galardonada en varios países como Colombia, México, Argentina, España y Francia. Ahora bien, es necesario tener en cuenta algunos aspectos como su formación académica, a quiénes ha abordado en sus estudios, quiénes han sido los más influyentes en su obra y los acontecimientos que en su contexto acompañaron su formación.

En *Tres recuerdos con Fernando Vallejo*, Héctor Abad Faciolince (2011) muestra un perfil de Vallejo respecto de sus gustos literarios, y, por ende, deja entrever posibles influencias en su forma de escribir, en todos los campos en los que ha incursionado, tal y como lo narra en el tercer recuerdo: “A Fernando ningún escritor del Boom latinoamericano le parece bueno. Todos son unos farsantes, pésimos escritores y peores personas. Desconocen el estilo, la prosodia, la sintaxis; cometen horribles errores de léxico, de concordancia, de gramática. Yo no estoy de acuerdo. Vallejo salva del infierno a uno solo de los escritores latinoamericanos, Manuel Mujica Láinez. Afirma con cierta arrogancia que sería capaz de reconocer su prosa entre cien escritores distintos” (pp. 25-

26). A continuación, Abad Faciolince (2011) demuestra cómo Vallejo es conocedor de las letras de cada uno de los escritores latinoamericanos, cuando le hace, como él mismo lo dice, una prueba a ciegas que consiste en presentarle 10 libros de escritores latinoamericanos representantes del Boom, excepto uno de Mujica Láinez, y este es el resultado: Vamos a escoger diez párrafos al azar de los diez libros y Vallejo me dirá cuál es el de Mujica Láinez. Acepta el reto. Bajo a Vargas Llosa, Rulfo, García Márquez, Cortázar, Borges, Fuentes, Donoso, Carpentier, Lezama y Mujica Láinez. Leo dándole la espalda, sin dejarlo ver los títulos. Pongo a Mujica Láinez en sexto lugar. De cada uno leo más o menos treinta segundos. A Fernando todos le parecen pésimos. Ninguno puede ser Mujica Láinez. El menos malo es el último (Lezama Lima), pero tampoco lo convence mucho. Le muestro el párrafo de su favorito, ya leído: “Afuera el sol enloquece al paisaje...” Vallejo rechaza algún acusativo, una preposición innecesaria. A mí no me convence la sintaxis de la última frase. Fernando mira el título del libro: Misteriosa Buenos Aires. Entonces dice: “Claro, es el único libro malo de Mujica Láinez; ahí es irreconocible (pp. 26-27).

Todo esto demuestra que Fernando Vallejo es un tipo muy culto, un profundo conocedor del mundo de la literatura, a despecho de su posición política y religiosa. Así, como a todo hombre que ha recibido una educación mínima, a Fernando Vallejo se le notan sus raíces en todo lo que escribe, las experiencias vividas y los pensamientos críticos que cruzan por su cabeza, y aunque él mismo mencione sus diferencias con la escritura de muchos autores clásicos y canónicos, no puede negarse que cada uno de los que ha leído le han ayudado en su labor creadora. Pues es imposible leerse un libro y seguir siendo el mismo, más si se trata de un personaje de la talla de este escritor, que no se le escapa dato tan fácilmente cuando se trata de escudriñar con su lupa creadora.

Aunque se dificulta a ciencia cierta hablar de escritores de la literatura que hayan influenciado la obra de Vallejo, se puede decir, gracias a las menciones que este escritor hace de Balzac en *El desbarrancadero* y de Dostoievski en *La virgen de los sicarios*, que estos autores han influido en su formación y producción literaria.

Fernando Vallejo se destaca como un gran conocedor de su propio contexto, en especial del colombiano, que ha sufrido una corrupción política que históricamente ha desangrado al país y que no ha permitido que una nación con tanto potencial alcance un progreso significativo. Guerras sin fin, narcotráfico, parapolítica, pobreza, atentados, bajo nivel educativo, falta de reflexión crítica y desigualdad social, es lo que ha visto y, en consecuencia, es lo que tanto ha denunciado, primero en sus producciones de cine, luego en sus obras literarias, y más directamente en la actualidad con sus artículos periodísticos y en lo que puede, cada vez que tiene la oportunidad de ser partícipe de su opinión en los medios de comunicación.

En la búsqueda de sí mismo

La vida familiar y el contexto social y cultural en el que se formó Fernando Vallejo han influido ciertamente en su personalidad. Pero siempre en la medida en que él ha querido o lo ha permitido, por cuanto, y de acuerdo con su forma de ser, nunca se ha dejado encaminar ni doblegar hacia lo que otros quieren o piensan que es mejor para él, nunca ha sido de la masa y siempre se ha sido considerado un sujeto autónomo. Sus estudios de primaria y secundaria los realizó en el Colegio El Sufragio. Allí, los curas salesianos pretendían que él fuese un creyente, que no diera entrada a creencias heterodoxas, que no

argumentara sin fe, le mostraban lo dogmático de la Iglesia y lo que allí se dijera debía ser así.

Siempre le gustó la música, pero no le dejaban tocar lo que él quería. Incluso, en la Facultad de Letras no podía leer ciertas obras porque estaban satanizadas, sobre todo estaba prohibida la lectura de filósofos alemanes y franceses. Dentro de su formación académica, se puede destacar que después de un año de estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, decide interrumpir sus estudios para empezar una licenciatura en Biología, en la Universidad Javeriana.

En Italia, en la Escuela Experimental de Cinecittá, estudió cine, razón por la que también ha incursionado en este campo y produjo el guion para la película de su libro *La virgen de los sicarios*. Más adelante, recibe el doctorado honoris causa de la Facultad de Ciencias Humanas de la universidad Nacional de Colombia en 2009. Conocedor de la vida política de Colombia, tal vez impulsado por lo que vivió en su seno familiar, dado que su padre fue un político de renombre en los años 50, Vallejo, merced a la formación filosófica que más adelante influyó en su conciencia, pudo ver con ojos diferentes, inquisidores, lo que este país vivió y ha vivido en el campo de la política.

En *La virgen de los sicarios*, Vallejo (1994), por ejemplo, se va lanza en ristre contra las leyes cuando dice:

En este país de leyes y constituciones, democrático, no es culpable nadie hasta que no lo condenen, y no lo condenan si no lo juzgan, y no lo juzgan si no lo agarran, y si lo agarran lo sueltan... la ley de Colombia es la impunidad y nuestro primer delincuente impune es el presidente (p. 22).

Más adelante, haciendo también crítica al gobierno y a su falta de inclusión generalizada, es decir, al hecho de que la desigualdad social se va a dar siempre y se va a incrementar cada vez más, gracias a que el gobierno es ejercido por los mismos, el poder es de los mismos, y la pobreza y la miseria también es de los mismos arrastrados, porque no se ha nacido en el “clan” de los escogidos. En *Los días azules* (1985) dice lo siguiente: “Delito el mío por haber nacido y no andar instalado en el gobierno robando en vez de hablando. El que no está en el gobierno no existe y el que no existe no habla. ¡A callar!” (pp. 115-116).

De esta forma, una y otra vez se puede sentir, desde este punto de vista, el veneno que se destila, mordazmente, en las letras de Vallejo hacia la política y el gobierno colombiano. Su relación con la formación en Biología viene desde su niñez, y en parte debido a lo que vivió en la finca La Cascada, que derivó en su conocimiento por los animales, en su defensa acérrima que demuestra con su apoyo a instituciones que ayudan a los animales, y hasta en el cambio de sus gustos gastronómicos. Tanto es así que *La Virgen de los sicarios* nace a propósito de la muerte de una perrita suya, llamada La Bruja.

Para el cine, Vallejo inició su quehacer artístico con películas que fueron hechas en México, dos de las cuales describen la violencia bipartidista que de forma lúgubre hizo conocer a Colombia en el ámbito internacional. Por su parte, en *Barrio de campeones* relata la miseria social de las comunas y las clases marginales, en los que la vida y las oportunidades se presentan únicamente en una esquiva y efímera fantasía. En fin, todas sus producciones han estado cargadas de temas polémicos que se han nutrido de una crítica candente, tal es el caso de su película *Crónica roja* de 1977, que por considerarse como una apología a la violencia, fue prohibida en Colombia, el 21 de septiembre de 1979, mediante la resolución 0496, del Ministerio de Comunicaciones. En *La tormenta* (1979), también se

refirió a su país natal, y lo hizo con la temática de la violencia bipartidista que aterrorizó a miles de inocentes en Colombia durante la época en la que Liberales y Conservadores se desangraban en defensa de un color y unos supuestos “ideales”. Este último largometraje, en palabras del crítico Carlo Cocciolo (1982), es una película “dramáticamente auténtica” (p. 7A).

De lo anterior, se puede colegir que todo cuanto Vallejo ha vivenciado lo incluye en sus obras, nada se le escapa a la guillotina de sus palabras, que cortan y descomponen si no se tiene la suficiente madurez intelectual y crítica frente a los temas que atiende.

Su primera incursión en el mundo literario

Como se mencionó anteriormente, los primeros acercamientos al mundo artístico de Vallejo se dieron en el cine. Sin embargo, es uno de los escritores colombianos más reconocidos y controvertidos en los últimos años, desde que empezó su aventura en el campo de las letras hacia 1982, con la publicación de la que hasta ahora algunos consideran su obra maestra *Logoi*, una gramática del lenguaje literario, publicada por el Fondo de Cultura Económica en México, como parte de la colección Lengua y Estudios literarios, que es una obra *sui generis* en el panorama de los estudios lingüísticos y filológicos contemporáneos. Esta peregrina e insólita gramática, da cuenta, en 32 capítulos, de los procedimientos de la prosa, considerando la literatura como el reino de lo recibido, como el vasto dominio de la fórmula, del lugar común y del cliché. *Logoi* es así la antítesis de la crítica literaria que ha estudiado a los escritores desde el ángulo de su originalidad.

Para profundizar e ilustrar con mayor amplitud acerca de su producción como gramático, y su ingente conocimiento sobre este tema, Fernando Vallejo hace aclaraciones

gramaticales apropiadas y apela a grandes personalidades del campo de la filología, por ejemplo, cuando se refiere a don Rufino José Cuervo, en el libro biográfico *El cuervo blanco* (2012) también cuando se presenta al narrador, Fernando, de la novela *La virgen de los sicarios* (1994) como representante de esta disciplina, y en numerosas ocasiones, ofrece explicaciones gramaticales como esta: “Con “el pelao”, mi niño, significaba el muchacho; con “la pinta esa” el atracador; y con “debió de” significaba “debió” a secas: tenía que entregarle las llaves” (p. 23).

De esta manera, Vallejo se empieza a dar a conocer en el mundo de las letras, y comienza a dar pasos gigantescos, aunque controversiales, influido quizás por la vida del poeta Porfirio Barba-Jacob, de quien, en 1984, publicó una biografía en una editorial que llamó Séptimo Círculo, que pagó con recursos propios. De acuerdo con Jaramillo (2013), a Porfirio Barba-Jacob (Miguel Ángel Osorio), lo siguió por todos los países de América por donde supo que pasó, y es tal vez uno de los más conocedores de su vida y obra, ya que más adelante hizo ediciones críticas de sus cartas y de sus obras (p. 65).

Toda la obra de Vallejo es como el espejo de una vida que se va a contar, de la propia, la vida de Fernando, la de aun arquetipo de antihéroe contemporáneo, el más polémico y más odiado, pero también el más admirado por una gran cantidad de lectores. Vida compleja, similar a la de Barba-Jacob en *El mensajero*, cuyo recuento pormenorizado es una suma de recuerdos muy tristes.

Así ocurre con todas las obras que Vallejo escribe, en las que su principal característica es el hecho autobiográfico, y aunque al publicar una obra dice que es lo último que publica, siempre hay más, la tinta no se acaba, no se ha acabado y tal vez no acabe nunca. Así lo demuestra desde sus primeras novelas autobiográficas con el nombre

de *El río del tiempo*, en las que hace una recopilación de los ríos de su infancia (el pavoroso Cauca, que arrastra hasta los caimanes y desemboca en el Magdalena, cerca del mar), asimismo, la memoria da saltos, va y viene, se sale del curso y vuelve a él, va del presente de la escritura al pasado de la memoria, como en una especie de *flashback* enloquecido. Así son las obras de este escritor satanizado, de un hombre que se volvió un arquetipo ideal de un antihéroe de la vida cotidiana.

De este modo, se ve que la escritura de este escritor vivo de la narrativa colombiana le sirve para desatar sus denuncias de la manera más ingeniosa, no exenta de ácido verbal. En esa escritura, no puede obviar lo que para él es tan evidente y que, sin embargo, para la mayoría de la sociedad no lo es, y él es muy consciente de eso. Por tal razón, no toma partido alguno por nadie ni nada. Utiliza la escritura como catarsis y así lo ha expresado más de una vez, cuando dice que no le sirve para recuperar el pasado, sino, de acuerdo con Astutti (2003), “para deshacerse de él, a la manera de un paradójico borrador de recuerdos que no los bosqueja ni los inventa; los borra, como se borra la tiza en la pizarra. La memoria como proyecto para vaciar el yo” (p. 24).

Vallejo inicia con *Logoi* una gramática del lenguaje literario, su producción literaria y su labor creadora que seguirá extendiendo con esa manera de expresarse y de saber poner a arder como quimeras en sus textos (esta palabra tiene el sentido de cualquiera de sus acepciones), para poder mantener a la crítica y a sus detractores y seguidores en constante reflexión, como hasta ahora lo ha hecho.

Sus letras no tienen fin, y así como los sucesos que siempre denuncia no se detienen ni en su país de origen ni en el común de las sociedades, sus pensamientos críticos, tampoco. Es tal vez esto lo que ha hecho que luego de la publicación de *La rambla paralela*

en 2003, en varias entrevistas haya dicho, casi como compromiso con sus lectores, que esto sería lo último. Sin embargo, en 2004 publicó *Mi hermano el alcalde* y de ahí en adelante ha seguido con su estilo mordaz, sincero e implacable, produciendo y rompiendo ese compromiso que no es tal, para mantener la ocupación de la crítica en constante ejercicio.

Su reconocimiento en el ámbito literario

Como persona influyente en el mundo de la gramática, de la literatura y de la crítica social, Vallejo ha estado en algunos eventos y ha recibido también sus galardones. Se puede destacar su participación en la Feria del libro en mayo de 2014 en Bogotá, donde invitó a que durante las elecciones presidenciales se votara en blanco, con el fin de darles una ‘gran lección’ a los políticos y consolidar así una verdadera democracia. Empero, no fue así, como todos lo sabemos.

Durante algún tiempo perteneció a un activo grupo derechista de Acción Española (History.com), en el que aumentó su capacidad crítica frente a lo que se presenta en el día a día, sobre todo en la cotidianidad colombiana, y que de una u otra manera, la gente del común no es capaz de ver o denunciar como sí lo hace magistralmente él. Sin embargo, cuando en España se empezó a exigir visa a los colombianos, indignado, firmó una carta en compañía de García Márquez y Fernando Botero para no volver a ese país. De ellos es el único que no se ha vuelto a ver por esas tierras, hecho que lo hace ver como un hombre de palabra, pese a su cuestionable forma de tratar a las personas. Por observar estas incoherencias, dejó llover una ráfaga de críticas sobre García Márquez, quien

constantemente siguió frecuentando ese país hasta un poco antes de morir, y sobre Botero, a quien a menudo se le ve en las plazas de toros de ese país en corridas y faenas.

De otra parte, ha tenido apariciones y toca el piano, por ejemplo, en el Teatro Colón en Buenos Aires, en el que no desaprovechó la ocasión que se le presentaba, salió satisfecho por mostrar su fase de pianista como una oportunidad que no tiene muy a menudo. Así, esporádicamente aparece en el mundo cultural para ofrecer algún tipo de conferencia o entrevista, cuando está dispuesto, pues él mismo ha anunciado que no le gustan mucho las entrevistas habladas, más las escritas para demostrar que sus acciones no son para el mundo. Además, no le gusta ser muy social, contrario a lo que ocurre con sus escritos, que tienen un mayor impacto, sobre todo en el público joven. Entre los premios más destacados que ha obtenido, se encuentran:

- Premio Ariel en 1979, a la mejor Ópera prima y a la mejor ambientación por la película *Crónica roja*.
- Premio Ariel en 1981 a la mejor ambientación por el largometraje *En la tormenta*.
- Premio Rómulo Gallegos en 2003, por la novela *El desbarrancadero*.
- Doctor Honoris causa de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia en 2009.
- Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 2011.

Posibles influencias literarias

Vallejo siempre ha sido un escritor culto y un esteta, por excelencia. Sin embargo, era muy poco conocido en Colombia, aunque mucho menos en Argentina, y solo empezó a ser influyente en el campo literario hasta el momento en que *La virgen de los sicarios* tuvo reconocimiento, pese a los polémicos temas que trata. Este reconocimiento fue impulsado también por la versión cinematográfica de título homónimo, en 2001. Incluso su reputación creció cuando en 1998 inauguró en Colombia el Primer Congreso de escritores, con un gran discurso en el que sobresale el discurrir desordenado de su oralidad, ya que como él mismo ha dicho “una de las mezcolanzas suyas en las que habla de todo”.

Eso es Vallejo, como él se define, y como se logra vislumbrar en sus textos, un cúmulo de mezcolanzas, una contradicción, un antihéroe. Por ello, definirlo, situarlo o encasillarlo dentro de un movimiento literario específico es aventurarse en algo que no existe, es arriesgado, pues él siempre se ha calificado a sí mismo como inasible, su personalidad no le permite ubicarse en determinado marco literario, su versatilidad le impide ser medido.

Según Forero, quien es uno de los más estudiosos de su obra, se puede situar a Vallejo junto con cualquiera de los de la tradición literaria y cultural como Lautremont, Henry Miller, Thomas Bernhard, Celine o John Fante (2012), pues es un escritor que tiene el talento literario para ello, incluso, se puede acompañar de otros dentro de los principales representantes de la literatura latinoamericana. Ciertos analistas piensan que a Vallejo habría que ubicarlo dentro del Nadaísmo por algunas de sus características, y acaso pudiera ser así, teniendo en cuenta la teoría de la Sociocrítica literaria, por cuanto sus obras se enmarcan perfectamente en las características de ese movimiento antioqueño, lo que se

refleja directamente, además, en los tipos de lectores a quienes permea esta literatura, que no tienen que ser, por supuesto, críticos literarios.

No es arriesgado aseverar que en la producción literaria de Vallejo han influido notoriamente novelistas, a quienes ha citado en ocasiones en sus propias obras, tales como Balzac y Dostoievski. Autores que cita en *El desbarrancadero* y *La virgen de los sicarios*, respectivamente. De igual manera, es innegable el influjo que han tenido en él poetas célebres como José Asunción Silva y Porfirio Barba-Jacob, de quienes investigó lo que más pudo y siguió profundamente, hasta crear sendas biografías, no exentas de brillantez, como se escucha decir en distintos ámbitos académicos.

Por otra parte, y de acuerdo con Amelia Royo, la mayor influencia o referente de la escritura de Vallejo puede ser Rufino José Cuervo, quizás porque su calidad como gramático le ha hecho abordar estos temas (2013); incluso, se dice que por la estoica personalidad del gran bogotano, se hace atractivo para un narrador como Vallejo, quien ha permanecido siempre en los umbrales de la transgresión, y es exactamente lo contrario al inmortal filólogo. Según Vallejo, su Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, hace ver a Cuervo como un investigador incansable y un referente para varios lingüistas de todo el mundo hispánico y aun de otros espacios, entre ellos, para Vallejo, quien es sin duda un muy buen gramático.

Para finalizar este primer acercamiento desde lo que es el autor en cuestión, se pueden citar las palabras del mismo Vallejo, en las que afirma definitivamente la influencia y la enorme admiración que le profesaba a Cuervo, de quien hizo hasta ahora la quizás más apasionante biografía de este *gran* filólogo colombiano *El Cuervo Blanco*. En ella, Vallejo (2012) afirma lo siguiente:

Después en el panorama desértico de estos estudios donde sólo había aparecido él, apareció don Ramón Menéndez Pidal, gran filólogo si quieren, pero en última instancia un simple hijo de vecino. Yo a don Ramón no le rezo, a don Rufino todas las noches (p. 138).

En definitiva, una influencia considerable para él y sus producciones.

De su actividad cinematográfica se destacan los siguientes cortometrajes como: *Un hombre y un pueblo* y *Una vía hacia el desarrollo*, y los largometrajes, *Crónica roja*, *En la Tormenta* y *Barrio de campeones*. También ha escrito biografías excepcionales: Barba Jacob, el Mensajero (1984), sobre el poeta Porfirio Barba-Jacob, de cuyos poemas preparó además una edición en 1985; y *Chapolas Negras* (1995), sobre el poeta José Asunción Silva. No le ha sido ajena la reflexión sobre la lengua y la literatura: prueba de ello es el significativo ensayo *Logoi*, una gramática del lenguaje literario (1982). Bajo el título *El río del tiempo*, un ciclo narrativo autobiográfico, se han reunido seis de sus obras: *Los Días Azules* (1985), *El Fuego Secreto* (1987), *Los Caminos a Roma* (1988), *Años de Indulgencia* (1989), *El Mensajero* (1991) y *Entre Fantasmas* (1993). *La Virgen de los Sicarios*, del año 1994, es una de sus novelas más destacadas, una visión cáustica y demoledora de la vida en Medellín centrada en la violencia juvenil y la homosexualidad, que revela los vínculos entre el lenguaje y el poder, entre la gramática como instrumento de la corrección y las supuestas desviaciones del habla callejera. Fue llevada al cine por el director francés Barbet Schroeder en el año 2000. Coproducción de Francia, Colombia y España, el guion pertenece al propio autor, que es interpretado en la película por Germán Jaramillo. Posteriormente publicó *La Tautología Darwinista* y otros ensayos de biología (1998); *El Desbarrancadero* (2001), una desgarradora novela en la que vuelve a Medellín y

a su familia, devastada por la demencia de la madre y la enfermedad terminal de uno de los hermanos; *La Rambla Paralela* (2002), relato alucinado dominado por la presencia de la muerte y *Mi Hermano el Alcalde* (2004). Recibió el Premio Internacional Rómulo Gallegos.

Si se acoge la idea de que las ficciones son, por lo general, espejos de la vida real de sus autores, puede afirmarse que la vida de Fernando Vallejo tiende a repetirse en la mayor parte de sus obras, excepto en las biográficas, que son vidas ajenas, pese a que en de estas, como en *El mensajero*, la novela del hombre que se suicidó tres veces (1991), novela basada en la biografía de Porfirio Barba- Jacob, de 1984, se nota un tratamiento literario que está un poco alejado del lenguaje que demandaría una biografía real. En este orden de ideas, el inventario de obras que se han consignado en este apartado, como los datos biográficos del autor que aquí mismo se han traído a colación, permiten inferir que las experiencias personales de Vallejo han tenido un influjo decisivo en la configuración de los protagonistas de ficción de su obra literaria, por lo que no es osado expresar que Fernando Vallejo es el verdadero antihéroe de sus obras, incluso más antihéroe que sus mismos personajes de ficción, puesto que él y solo él está representado por cada uno de estos.

En relación con lo anterior, si se tiene en cuenta la definición que da Estébanez Calderón de antihéroe, plasmada anteriormente, se infiere que Fernando Vallejo es un antihéroe, al igual que casi todos sus personajes de ficción, en el sentido de ser un sujeto polémico, introvertido, solitario y punzante. Es decir, que podría considerarse a sí mismo un hombre con ideales aún por cumplir, pese al reconocimiento que como escritor ha tenido en las últimas tres décadas en Colombia, Latinoamérica y en buena parte del mundo. Al respecto, Estébanez Calderón (1996) señala que los antihéroes contemporáneos son seres

“anodinos (ni heroicos, ni moralmente ejemplares, ni menos aún triunfadores), a veces degradados hasta niveles paródicos y grotescos, o que, mediante actitudes displicentes, muestran su desprecio o rebeldía frente a la sociedad en la que viven (...)” (p. 40). De acuerdo con esta precisa acepción de antihéroe, pues son varias las definiciones que a lo largo de la historia ha conllevado este significante, se podría deducir que la mayoría de los protagonistas de sus obras de ficción son antihéroes, en virtud de las acciones inmorales que ejecutan, trátase de acciones sicarésicas u homosexuales, o de aquellas referentes a personas de escasos recursos y completamente anónimas que sufren el implacable rigor del hambre y de la ignorancia, que las llevan a reproducirse ‘como ratas’, en palabras del propio narrador.

Todo esto hace de esos personajes seres de ficción, quienes son verosímiles desde todo punto de vista, antihéroes por excelencia. Finalmente, es oportuno indicar que la vida de Fernando Vallejo es, la verdad sea dicha de paso, arquetipo de un antihéroe contemporáneo, que va mucho más allá del mundo de la ficción, toda vez que su polémica existencia ha despertado todo tipo de críticas externas, algunas afortunadas y otras despiadadas e infaustas. La vida y la obra de este escritor han polarizado a buena parte de sus receptores, pues mientras hay quienes ven en sus libros y opiniones a una especie de redentor popular disconforme con el orden establecido, que pone el dedo en la llaga, donde más duele; otros, por el contrario, no perciben más que a un energúmeno personaje incapaz de solucionar sus propios conflictos internos, hasta ser capaz de culpabilizar a una cándida sociedad como la colombiana, cuyas necesidades de toda laya no le permiten distinguir claramente entre víctimas y victimarios. En suma, esta parcialidad de los receptores de sus

obras convierte a Fernando Vallejo en un antihéroe de la vida real, antihéroe por antonomasia.

Como se mencionó en la introducción de este primer capítulo, se presenta a continuación una hermenéutica del texto, que aduce también argumentos en cuanto a lo que éste, como objeto literario, evidencia en sus líneas respecto a la temática de las tensiones del héroe y del antihéroe, apoyados por tópicos como la anomia, que se profundizarán en los capítulos subsiguientes. Por lo pronto, he aquí lo que desde nuestra propuesta investigativa propone el texto para su lectura.

Las encomiendas de La virgen de los sicarios

En algunos contextos culturales del país, durante cierto tiempo, se ha observado un fenómeno creciente en cuanto al sicariato¹, y, así mismo, al mismo ritmo, la literatura que recrea este fenómeno se ha convertido en un *best seller*, más si es llevado a las pantallas mediante las narco novelas y las películas de dichos libros. Por esta razón, se escoge la novela propia del género de la *Sicaresca La Virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo (1994) para realizar un rastreo del concepto de antihéroe, que estaría directamente relacionado con el *sicario*. Se analizarán algunas convenciones particulares del lenguaje que facilitan un acercamiento a dicha obra; y la aclaración de la coherencia de la obra dentro del mundo literario y ficcional. Así mismo, se pretende argumentar acerca de aquellos conocimientos que requiere el lector cuando se aproxima a la lectura de este texto literario, que recrea un mundo tan real, tan vivido y tan sufrido en la Medellín de los años

¹ Término que proviene del latín *sicarius*, que significa asesino asalariado, y es definido como un joven en proceso de formación al que le pagan por matar.

80 en adelante, y que despierta en sus lectores la evocación de un tiempo invivible; la clase de personas a quienes va dirigida la obra; aspectos sociales, políticos, económicos e ideológicos que rodearon el autor antes y durante el momento de la escritura de la obra; y cuál es la propuesta estética del autor: referida a la clasificación del texto en fantástico, realista, o costumbrista.

Se dará una visión de conjunto al concepto de héroe desde sus orígenes y su posterior y paulatina evolución en términos literarios, hasta llegar a la figura de antihéroe, en tanto este es una figura constitutiva de la obra.

Por último, se presenta como conclusión que la obra en sí es un acto comunicativo expuesto siempre a ser incompleto o incomprendido, que no siempre va a ser ideal, porque en diversas ocasiones es un acto en el que no todos los actores, hablante- oyente, están utilizando el mismo código, y por consecuencia lógica, está expuesto a infinidad de respuestas, y esto es lo principal del lenguaje plurisignificativo propio de la literatura.

Las intenciones en La virgen de los sicarios

Entre las intenciones más marcadas que pretende el autor, está el hecho de demandar la corrupción política y gubernamental que azota al país y que no ha dejado que éste progrese, y lo hace de forma sarcástica e irónica, cuando alude por ejemplo en la virgen de los sicarios que los funcionarios tienen imaginación solo para robar y engordar sus cuentas en Suiza (p. 34), y así lo reitera en varias ocasiones, porque además critica el hecho de que el país se haya salido de las manos y que esté en las de los sicarios, de los malos. Esto es evidente y palpable en la novela, que se muestra, por ejemplo, que en las

calles impera la ley de los sicarios, los que imponen la ley que ellos han aprendido en las comunas, en las calles, convirtiéndose Alexis en, como Fernando, el narrador lo dice, un “ángel exterminador”, que impone la muerte como ley a quienes no le parece que deberían vivir.

En este mismo orden de ideas, está la corrupción de la Iglesia y el hecho de que la gente crea en lo que ella predica en cuanto al amor a los pobres y al mismo hecho de que, como se dice en el adagio popular “aquel que peca y reza empata”.

Respecto a esa institución, señala en el texto que el mismo papa es corrupto, que vive encerrado en medio de la opulencia mientras que la pobreza se arraiga en Colombia y en distintos rincones de la tierra. En el amor a los pobres, critica el hecho de que fundaciones como el minuto de Dios, encabezado en ese entonces por el padre Rafael García-Herreros reúnan ayudas para dárselas a los más necesitados, porque lo que hacen con esas buenas acciones es perpetuar la pobreza. Y en el segundo aspecto, es la crítica misma del hecho de lo inconcebible que es que la gente, en este caso los sicarios, vayan a pedirle a Dios para tener éxito a la hora de cometer asesinatos, de que Dios no sea el creador, sino un pretexto para hacer el mal, además de que una y otra vez niega su existencia.

Otra denuncia que se presenta dentro de lo que pretende el autor, es el desorden social en el que se sume cada vez más el país del sagrado corazón de Jesús y lo hace mediante la demarcación de una especie de fronteras, los de arriba, que sería la periferia, los barrios de invasión (Vallejo, 96) que mientras más se suba, más miseria, y los de abajo, el centro de Medellín, donde confluyen en un desorden la gente como un túmulo de almas

que tienen que pasar al lado de la muerte esquiva y cercana en las calles, en los buses, en todas partes.

Ese desorden social empieza desde las altas clases sociales, desde la burguesía política y del gobierno, que hacen con sus leyes lo que quieren para seguir enriqueciéndose, mientras los pobres se sumen cada vez más en las míseras casas en las que nacieron, reproduciéndose y trayendo al mundo más y más niños que se convertirán en asesinos para hacer de esto algo de nunca acabar, como un eterno retorno.

Continuando con las demandas que quiere presentar el autor, se dice que por el lado de la pobreza está el hecho de perpetuarla mediante la ignorancia, la mala educación, y el hecho de que en un país democrático, los pobres, los ignorantes son importantes únicamente a la hora de dirigirse a las urnas. Además, para colmo de males, está la religión que les ayuda a reproducirse sin saber qué va a ser de su futuro, de sus hijos, o más bien sí se sabe, repetir una y otra vez lo que siempre ocurre. Los culpables de eso somos todos y eso es lo que se demanda en la obra en cuestión, los pobres por no rebelarse a hacer las cosas diferentes, por hundirse en el barro de la pobreza, y los gobernantes y altos jefes de la Iglesia, por aprovecharse de eso ocultados en el poder político o en el nombre de Dios.

Esto es además demostrado en una sociedad que es muy fácil de identificar, pues está siempre escuchando vallenatos, viendo fútbol y pretendiendo vestir con ropa de marca, y así es demostrado en el mismo texto lo que hace que el pueblo esté como dormido, como sumido en bagatelas que de nada sirven porque nada producen, excepto, cumplir la función de opio de las mentes de los pueblos.

Por otra parte, cabe anotar que en la obra literaria citada, existen convenciones particulares que evidencian que hay un juego en el lenguaje que es, asimismo, particular, que en el caso de que el lector no se ubique contextualmente, probablemente no comprenda ciertos aspectos que es necesario comprender para lograr una lectura general, desde lo horizontal y lo vertical, con el fin de darle una mayor significación a esa obra.

Esas convenciones se encuentran cuando el narrador se presenta como un gramático, y a medida que va transcurriendo la historia va haciendo aclaraciones acerca del uso del lenguaje, del parlache, que, de hecho, fue iniciado en las comunas de Medellín y que se ha generalizado su uso a todos los estratos, e incluso, se ha extendido a otras ciudades de Colombia. De no ser así, sería un verdadero escollo para la comprensión de la obra para cualquier lector de otro contexto diferente al colombiano. Se hace la aclaración, por ejemplo, de cómo los asesinos no dicen “yo te lo mato”, sino “yo te lo quiebro”, porque utilizan sinónimos del verbo matar (Vallejo, 28-29). Más adelante en la obra, se refiere a asesinar como hacer un “camello”, y el narrador explica que los sicarios no son asesinos, porque matar es un trabajo, el trabajo de ellos, por lo tanto, no son culpables.

Con estos argumentos presentados hasta ahora, al formularse la pregunta sobre la coherencia de la obra, la respuesta no es tan fácil, pues debido a algunas incursiones del escritor en el campo de la opinión y de la política, él da a entender que no quiere a Colombia ni a Medellín. Y así lo entienden algunas personas de las que se van en contra de lo que escribe y lo que dice y se han convertido en sus detractores, y además, la misma obra da elementos, aunque, la forma de escritura en el tiempo y en las acciones, al no ser lineales, no son tan claras y hacen perder al lector distraído en algunos detalles. Sin embargo, puede afirmarse que la obra, aunque es directa y no esconde nada de lo que ha

pasado y de lo que el autor piensa y vive en su interior, es coherente, puesto que lleva con sus letras a una fábula que vivió Medellín, con la que se identifican algunos, y con la que si no califican con el ojo crítico que se debe, se desviaría hacia lo malo, éticamente hablando, pues el nivel cultural de la mayoría de los colombianos no da más que para repetir lo que en la historia se ve.

El texto, como acto de comunicación, contiene una textura cargada de significación y de presencia de una cultura, se representa un grupo de subjetividades que requiere conocer el contexto en el que se inscribe la historia de Fernando y sus dos ángeles vengadores, su Alexis y su “laguna azul”. Es necesario que conozca al Medellín que se vivía en la época en la que los jóvenes se estaban acabando los unos a los otros porque aunque no se conocían, eran enemigos potenciales, eran sicarios de uno u otro lado.

Además, se necesita poseer algún conocimiento acerca de las creencias religiosas del país del corazón de Jesús, en el que se es malo, porque ir a la iglesia y pedir perdón ante Dios es suficiente para tener la conciencia tranquila y seguir impartiendo la justicia de las balas, de las muertes porque es a lo que los jóvenes de esa época parecieran haber venido a este mundo, parafraseando a Fernando, a librarlos de las injusticias terrenales.

Es necesario, pues, indagar e ir más allá en el contexto de violencia y de muerte que está generalizado en la ciudad recreada en esta obra; del narcotráfico que dio origen a los tan temidos sicarios; de la corrupción política que se ha quedado con tantos bienes pertenecientes al pueblo y que tanto se ha beneficiado de lo que por ley le pertenece a los menos favorecidos y que se ha perpetuado en el poder para continuar una especie de legado al que está condenado Colombia; de los altos jefes de la Iglesia, quienes, con sus influencias, movían a las masas y los conceptos de la gente creyente para favorecer a los

pobres, y que al final son como una mafia más que acumula riquezas a cuesta de las almas puras; de la conformación física y demográfica de Medellín, para vislumbrar lo que significa en la obra esa geografía narrada.

Entre otros aspectos, facilitaría una mayor interpretación que el lector de Vallejo en esta obra ficcional, y en la mayoría de sus obras, reconozca el estilo, la personalidad y los temas que aborda, porque ante una lectura aislada, se alejaría, escandalizaría, o, simplemente, pasaría por alto la denuncia que presenta desde tantos aspectos y de una forma tan magistral. En esta misma línea, es fundamental reconocer el estilo de la narración, que favorezca ir y venir en las etapas de la vida de Fernando, entre sus añoranzas y sus odios, entre lo que ama y definitivamente odia, entre todo lo que es, o parece ser, porque aunque se muestre tal y como es, en su obra aún quedan vacíos por auscultar, por llenar de significación, porque en repetidas ocasiones lo que figura ser, no es.

La Virgen de los sicarios es un texto narrativo que va dirigido a todo tipo de lectores, porque su lenguaje está escrito en un español comprensible, salvo los términos coloquiales que usa; sin embargo, es una obra culta, precisamente por lo que se ha venido argumentando acá, ya que de no activar una lectura crítica se caería en dejaciones, en lo tendencioso, lo que no sería beneficioso a la hora de hacer una interpretación para producir una crítica.

Es claro, entonces, que para leer a Vallejo en *La Virgen de los sicarios*, se requiere un lector fagocitante, que despierte sus pasiones, odios, amores y desamores en su historia, que se ve en las calles de Medellín, que se ve reflejado en los personajes y que revive en cada hecho lo que ya vivió, y, en ocasiones vive, porque es el reflejo de lo que ha sido esta sociedad desde hace tres décadas y hasta no se sabe cuándo. Pero también es necesario ser

reflexivo y crítico, todo a partir de una buena lectura, en la que se dejen de lado toda clase de prejuicios moralistas y apasionados, para así ser más objetivos a la hora de dar juicios de valor.

Continuando con los aspectos necesarios para un mejor acercamiento a la lectura de la obra, es preciso realizar un recorrido por los hechos sociales, políticos, económicos e ideológicos que rodearon a su escritor, y que, posiblemente, fueron parte de la motivación del artista para dar luz a un escrito de estas magnitudes y con estas características.

En lo social, se acaba de terminar la década de los ochenta, la cual fue la que dio origen a varios desórdenes en la vida colombiana, y que a la larga, iban a afectar todos los campos de influencia, tanto en las altas esferas, como en la vida de los ciudadanos del común.

Lo primero que hay que destacar es el reino del narcotráfico en pleno esplendor, con un Pablo Escobar que se convertía en el capo de capos, en el narcotraficante más poderoso y más buscado del mundo, lo cual, sin lugar a dudas, ha cambiado la vida y la forma como ven al país desde afuera, desde lo político, lo económico, lo social, lo cultural, incluso, con respecto a lo ideológico, por lo que algunas personas veían en este personaje a un salvador, porque ayudó a quienes necesitaban ayuda con donaciones de casas o barrios, por ejemplo; contrario a lo que la mayoría piensa, porque fue el autor de varios crímenes como carro bombas, atentados y muerte.

La sociedad medellinense se desmoronaba mientras que en las calles se desangraban a borbotones la moral y la vida de los ciudadanos en un afán por alcanzar el penoso primer lugar en el ranquin de las ciudades más violentas del mundo, y, la expectativa de vida no

superaba los 30 años, de hecho, en el texto se menciona que un niño de doce años era considerado ya un viejo porque le quedaba muy poco de vida (Vallejo, 33), además, porque el pan de cada día en el país, en las ciudades, las calles, los periódicos, los noticieros era cuántos habían muerto durante el día o la noche, y así lo narra en una de sus numerosas escenas: “... o noticias optimistas sobre los treinta y cinco que mataron ayer, quince por debajo del récord...” (Vallejo, 1994).

Todo esto era la evidencia de una sociedad decadente, que no avanzaba porque lo que vivía en las casas como el hambre, la violencia, la miseria y la muerte era lo que veía también en los medios de comunicación, en sus líderes, en sus pesadillas... ese fue el difícil mundo que rodeó el contexto social recreado en *La Virgen de los sicarios*, y que ha dejado una huella imborrable en todos los colombianos.

En lo político, que es uno de los puntos sobre los que recae la fuerte crítica de Vallejo, el país constantemente es sacudido por noticias que le dan la vuelta al mundo, tal como lo fueron las muertes de Carlos Pizarro, Luis Carlos Galán y de Bernardo Jaramillo, candidatos a la Presidencia de la República, todo en un espacio de ocho meses.

Siguiendo con el ámbito político, se ha terminado el gobierno de Virgilio Barco y el actual es el que pertenece a César Gaviria, ambos liberales y ambos criticados por la pluma de Vallejo en su obra, el uno por estar bastante adelantado en años, y el otro porque ha dejado salir el país de las manos.

En lo económico, Colombia acaba de terminar el período de reestructuración industrial, que es la aplicación de programas de ajuste macroeconómico para ayudar al crecimiento de la economía del país, lo que no fue tan efectivo, lo que hizo la aparición de

fuertes críticas, porque esto incluyó una drástica reducción en el gasto público porque presionaba fuertemente la inflación.

En lo ideológico, él mismo lo menciona, y como se logra vislumbrar en sus textos, es influenciado por un cúmulo de mezcolanzas, por ello, definirlo, situarlo, ubicarlo dentro de un movimiento literario es aventurarse en algo que no existe, pues él siempre se ha calificado a sí mismo como inasible, su personalidad no le permite, su versatilidad le impide ser medido.

Después de analizar las diferentes categorías que son el pre-texto para la escritura de la novela, se pasa a lo que se denomina como una clasificación de género. Al respecto, se afirma que la crítica ha inscrito a *La virgen de los sicarios* en el *Realismo*, ya que se expresa en una razón crítica o social y se apoya perfectamente en varias de sus características como son:

Condiciones de vida penosas: evidenciadas una y otra vez en la obra, cuando se describen las casas de las familias de las comunas.

Abunda la temática social: es lo que se ve a diario, la narración aporta verosimilitud mediante la ficción, lo que la dota de realismo, hasta tal punto, que algunos la denominan como una parte autobiográfica en la que se confunde al narrador Fernando con el autor Fernando Vallejo.

Se tiende a representar al hombre en sus quehaceres cotidianos: es evidente también esta característica, siempre que es la novela o la película de cualquier joven de esa época, era el quehacer diario de los jóvenes cuando se había caído el negocio del narcotráfico, matar (más adelante se hará referencia hacia otras formas de recepción como el cine).

Lo literario en Vallejo es narrado con un Realismo tal que, en ocasiones, es fácil confundir la realidad con la ficcionalidad, lo verdadero con lo verosímil y es por esto que se desprende que el novelista presenta una denuncia de todo lo que afecta a la sociedad y de los problemas que en ese contexto intervienen en la vida humana, y eso es perfectamente palpable en las letras de esta novela.

Siguiendo con las líneas de sentido desde las que se aborda la lectura de la mencionada obra, se mencionan de manera breve lo que más adelante será lo fundamental en esta investigación, y es la existencia del héroe y el antihéroe, relacionados con aspectos anómicos (en el segundo capítulo de este trabajo se analizará en detalle todo cuanto tiene que ver con las figuras mencionadas y ese asunto de la anomia). En el contexto latinoamericano y más exactamente en el antioqueño, se encuentra una serie de antihéroes producto de las creaciones literarias de diferentes autores que narran unos personajes que superan y en ocasiones se creería que hasta traspasan los límites de lo antiheroico. Es el caso de Alexis, personaje de *La virgen de los sicarios*, quien es la encarnación de cientos de jóvenes que ante situaciones adversas y difíciles deciden pertenecer al mundo del sicariato y la delincuencia, y encuentran en él poder, fama y un espacio y un reconocimiento social que jamás alcanzarían a través de ningún otro mérito. Esta cualidad, dada o encarnada, como se dijo antes, por su mismo autor cuando se muestra irreverente, crudo y directo.

Ahora bien, aunque en ningún momento se trata de hacer una apología ni una crítica del antihéroe sí es necesario aclarar que ante el inminente carácter didáctico que se le ha otorgado a la literatura y ante el hecho obvio que la creación de la figura del héroe

obedece a la inserción de unos ideales sociales de formación que perseguían precisamente erigir al ciudadano ideal, uno que respondiera a las necesidades que demandaba su contexto, la figura antiheroica que desarrolla la novela y no solo en el personaje de Alexis, sino también en el de Wilmar y en la de todos los que encierra la historia, hace que el acercamiento y posterior interpretación de la obra se convierta en un asunto conflictivo, que si no se mira con ojos lo suficientemente críticos hará que o se le asuma como un texto que glorifica y honra al sicario o se denigre de él y se le condene al ostracismo. Esta segunda posición tal vez ha sido la más recurrente, de ahí que la novela no se haya incluido nunca en la llamada literatura canónica y que se bloquee su ingreso a las escuelas.

Esto último ratificaría entonces la presencia de lo antiético, lo antiheroico en *La virgen de los sicarios*, pues a simple vista sus protagonistas son además de asesinos, homosexuales que se prostituyen, es decir, asesinos y homosexuales que se venden, las dos cosas que se supone más detesta la sociedad antioqueña; sin embargo, esa misma sociedad se convirtió en caldo de cultivo para estos personajes que son el eje en esta tipología narrativa y que la literatura los valida, pues como claramente lo dice Gustavo Álvarez Gardeazábal *La historia la escriben los vencedores, la literatura los vencidos*.

Una vez terminado el recorrido por *La virgen de los sicarios*, se puede concluir, desde una hermenéutica del texto, que es una obra literaria a la que debe acercarse el lector después de haberse sacudido de algunos prejuicios y preconceptos morales y, sobre todo, con ojos bien abiertos para no caer en opiniones tendenciosas y amañadas en favor o en contra de la trama y del contexto en el que se desenvuelve, pues la novela es una narración de situaciones particulares que se desarrollan en un contexto definido, y que plantea de manera clara la presencia de un antihéroe que cumple con las exigencias del

entorno que habita. Al mismo tiempo, es una invitación a analizar situaciones cotidianas que por estar siempre ahí, de manera inconsciente se van obviando o aceptando, causando un letargo en el común, provocando una ceguera colectiva, una ignorancia generalizada, y lo hace mediante su discurso que presenta una realidad novelada.

Para terminar con un recorrido por las hermenéuticas del autor, obra y lector, a continuación se aborda esta última, que como se vio en las anteriores, hace parte de un breve recorrido por las nociones de héroe y antihéroe que se presentan en la obra literaria que se ha venido trabajando. En él se demuestra que existe en la obra una tensión constante entre dichos términos, ya que al configurarse el héroe, el antihéroe también cobra un valor determinado, más, en una obra como la seleccionada, que por sus características es muy reconocida dentro de la literatura, como representante del género de la sicaresca.

Para su producción, cobra notabilidad el contenido del mismo texto, en la medida en que es este el que va a sostener la tesis planteada relativa a la tensión existente entre las figuras de héroe y antihéroe, a partir de la teoría de la anomia, y se hará mediante un seguimiento detallado de las citas que encarnen esas figuras.

En este punto, resulta significativo el planteamiento que se formula de una oposición de este tipo –héroe versus antihéroe-, a través de la literatura, más desde una obra tan dicente y crítica como la que aquí se aborda. Además encierra en su lenguaje directo un estilo único, que la hace la más representativa dentro de lo que hoy es conocido como literatura sicaresca. En ella el protagonista es un héroe que por las transgresiones que hace a las caracterizaciones clásicas, se convierte en un antihéroe, quien es el que imparte la ley en una sociedad que es ficcionada a partir de la realidad de un país que se desangra, gracias a la existencia de personajes como él, que es un “ángel vengador”.

Se busca, entonces, demostrar la tensión constante entre héroe y antihéroe desde diferentes puntos de vista, sobre todo, desde lo relacionado con la teoría de la anomia. Además, hay que tener en cuenta en qué ocasiones la concepción del héroe en el contexto de la obra analizada, puede ser la concepción de antihéroe en el contexto del lector, lo que ayuda a profundizar la tensión planteada al inicio y le da fuerza a esa tesis central.

Durante varios años se ha escuchado en el ámbito académico y en la misma cotidianidad, que la literatura “sicaresca” en Colombia ha aportado lo suficiente a la hora de producir crítica en una sociedad que se ve retratada en ella. Así mismo, se ha visto que esta ha ido cobrando cada vez más una relevancia tanto en el mercado del libro impreso como en la televisión, y, en la mayoría de los casos, se ha vendido más como asunto televisivo que como un objeto literario, objeto cuyos elementos críticos y reflexivos sobre los fenómenos sociales y culturales de este país son evidentes. De igual manera, la obra es elocuente al revelar odios y guerras sin sentido, que llevan a un camino de sangre, dolor, desigualdad social, corrupción e ignorancia colectiva, que pareciera no tener salida por el estado de “aceptación” que se ha generado en el inconsciente colectivo del país.

Por este motivo, en este texto se demarcan líneas territoriales desde estos aspectos, para analizar específicamente las tensiones que pueden presentarse entre el héroe y el antihéroe a lo largo de la obra “La virgen de los sicarios” del escritor colombiano Fernando Vallejo, además, desde la forma en que se ha leído y cómo ha sido vista en los diferentes contextos o cómo ha inspirado hipertextos.

La literatura ha demostrado a través de la historia que influye en el contexto social y cultural del lugar que se recrea en sus líneas, y así, es de la misma manera influenciada por todo lo que sucede a su alrededor, y eso es lo que retrata.

Así pues, Colombia se desangra día a día en sus viejas rencillas que iniciaron con unas ideologías que perdieron sus bases, pero permanecen firmes en otras que parecen no tener fin. El problema va y viene con grupos que salieron “de aquí y de allá,” que se sostienen con “esto” y que son apoyados por “aquellos,” y los que están en el medio no saben cómo actuar, sufriendo los embates de un fuego cruzado que no entienden, y que en ocasiones, por ignorancia, comparten porque no han podido salir de ese contexto de violencia que les tocó vivir en las calles y en el vecindario, y que además ven en la televisión. Pareciera como si estuvieran casi programados, su mirada está puesta en una única dirección para que se comporten como caballos que tiran de un coche. Sin embargo, si bien es imperativo no dejar de lado estas consideraciones, no es lo que nos ocupa en este trabajo, que pretende, principalmente, descubrir la presencia del héroe y del antihéroe en el mismo objeto literario, incluso, en las acciones que encarna un mismo personaje.

En 1994, Fernando Vallejo presenta ante el mercado, la crítica y el público *La virgen de los sicarios*”, una obra literaria que es una fuerte crítica a una sociedad medellinense que no es capaz de salir de sus propios problemas, y que, día a día, se sume en la pobreza, el narcotráfico, la violencia y la corrupción política. Esta sociedad parece que estuviera atada a la espera de milagros de un dios que para Fernando Vallejo, ni para el narrador homónimo de dicha obra, no existe, para así poder vivir mejor, sin salir de la ignorancia, que es la principal causante de estos flagelos.

La virgen de los sicarios, por su temática y letras, se hizo atractiva para la creación de hipertextos como la película, de la que el mismo Vallejo elaboró el guion y que lleva el mismo nombre (dirigida por Barbet Schroeder), gracias a su tono fuerte y crítico, hace pensar que surgió de la visión del escritor de una ciudad cada vez más sumida en la

oscuridad de la violencia y el narcotráfico de la época de los 80 y 90 en Medellín y Colombia, para que la sociedad colombiana tomara conciencia de lo que vive, ha vivido, y si no hace algo contundente, seguirá viviendo como en el eterno retorno de Nietzsche, en el que una y otra vez se vive, aunque no se quiera, lo mismo que se ha vivido eternamente.

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, y sabiendo a Fernando Vallejo como un fuerte crítico, que va directo a las debilidades de la sociedad en general, y que gran parte de los lectores, bien sea de las imágenes del cine o de las letras de sus obras y artículos, caen en su trampa y deforman a este escritor y su obra en un personaje que pugna contra una tierra querida y que, según algunos de sus detractores, solo despotrica contra la patria, la religión, la política, la pobreza, las embarazadas, los niños, los feos... (El diario de un observador: viernes 13 de mayo de 2011) y según lo que en algunas ocasiones él mismo expresa, “Colombia es un país asesino oportunista y traidor” (Caracol radio: febrero de 2005), afirmaciones que hay que saber ubicar en su contexto. Por esto, surge la motivación para navegar en las profundas aguas de la obra que tantos estudios ha generado y tantos adeptos y detractores ha merecido.

El héroe vs el antihéroe en el objeto literario

Se puede observar la literatura desde diferentes puntos de vista, y lo que en esta investigación nos ocupa es demostrar cómo el héroe, presente desde los clásicos hasta la literatura contemporánea, siempre tendrá presupuesta la existencia de un antihéroe, que se oponga con antivalores a esas acciones heroicas para poner a prueba el valor del héroe, y que supondrá una constante tensión en los diferentes contextos en que actúen.

Surge, entonces, la oportunidad de conocer de propia mano los textos literarios que abordan estas temáticas en las que los héroes realizan acciones valerosas. Son ese tipo de textos, precisamente, los que desde otro punto de vista, como la sociedad, la cultura y la moral, han enseñado a ver a sus personajes como perversos y malos, una especie de antihéroes en la historia de la vida en Colombia, que necesitan ser vistos desde diferentes perspectivas, analizarlos desde todos los enfoques, sin caer en los juicios de valor.

Para iniciar con la búsqueda de bibliografía que sirviera como medio para centrar la temática que aún no estaba definida, fue necesario ir conociendo un poco acerca de la manera como se expresa Fernando Vallejo, de quien no había suficientes referencias en cuanto a la producción literaria, puesto que basarse en lo que se dice “por ahí” sin adentrarse en la calidad crítica de sus textos y guiarse únicamente por lo que mencionan algunos detractores, no se alcanza a dimensionar la profundidad y amplitud de lo que aluden o acusan sus letras.

Los primeros acercamientos bibliográficos, además de lo netamente conocido como objeto literario, tuvieron que ver con los textos sugeridos en algunos cursos del primer semestre de la Maestría en literatura, tales como Humanismo y crítica democrática de Edward Said; Ética y Estética, una relación ineludible, de Sixto José Castro Rodríguez; La intertextualidad literaria como metodología didáctica de acercamiento a la literatura: aportaciones teóricas, de Cristóbal González Álvarez; Ética y Educación: una tensión abierta entre lo real y lo posible, de Sergio Pérez Burgos; Migrar por la ciudad. Análisis de la virgen de los sicarios, de Fredy Leonardo Reyes, de quienes se organizó una primera presentación de avances en la investigación.

En este caso la concepción del héroe, que como se ha mencionado antes, tendería a fusionarse con antihéroe en otros contextos, por ejemplo, con el solo hecho de hacer peregrinaciones a María Auxiliadora, el asesino de la obra en cuestión se muestra como piadoso y creyente en unos momentos, mientras que en otros es un asesino que regala muerte por las calles de Medellín. Para esto, se concluye que es necesario entonces un acompañamiento adecuado y guiado a la hora de tener acercamientos con este tipo de obras. Si el héroe concebido en la actualidad de ciertos contextos socio-culturales es aquel que basa su poder en la tenencia de armas y que impone la ley de las balas, cabe entonces la pregunta, ¿está preparado culturalmente el país para enfrentarse a la producción y visualización de este tipo de obras?

La respuesta es un no rotundo, porque lo más común que ocurriría es que la cultura reinante del facilismo actúe y coadyuve a que la sociedad sea un espejo de lo que ve y lee. Entonces cobra más valor la denuncia que hace Vallejo en sus obras acerca del poder de la ignorancia, que sería la culpable de todo en este país, porque como él mismo dice, es capaz de elegir a los gobernantes, y mientras que cada uno no se cuestione sobre el papel pasivo que está cumpliendo en la sociedad, el peso que va adquiriendo tanta situación negativa va a ser imposible de levantar.

Por otra parte, y aceptando las sugerencias del profesor Juan Carlos Rodas Montoya,² se realiza un acercamiento a Héctor Abad Faciolince, quien es el que acuña el término sicaresca como un movimiento literario nacido en Colombia, él hace un recorrido sobre la picaresca:

² Profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana. Columnista en El Espectador. Asesor de tesis de maestría en la Universidad Pontificia Bolivariana.

La España literaria (y en la real) de los siglos XVI y XVII, el pobre, para sobrevivir, se iba de pícaro. Y la picaresca es esa riquísima corriente literaria que para muchos críticos inaugura la novela moderna: el Lazarillo, el Buscón, Guzmán, Rinconete... En la Antioquia literaria (y en la real) de finales del siglo XX, el pobre, para salir de pobre, se mete de sicario. Y la sicaresca es una tremenda moda literaria paisa que revela no la pobreza de nuestra narrativa sino la de nuestra realidad: pelaítos sin semilla que duran poco en sus historias callejeras. A la literatura surgida en un burdel, en todo caso, es difícil exigirle que sea casta. Como el picaresco, el relato sicaresco requiere la primera persona, el tono autobiográfico, la crudeza realista. El escritor no se declara creador sino amanuense, copista: intermediario de un testimonio auténtico. Quienes firman estas obras, por lo general, no pertenecen al proletariado sino a la clase de casi todos los que leemos y escribimos” (Faciolince, 1994).

Sin duda alguna, este es un valiosísimo concepto que a la larga ha facilitado el acercamiento al objeto de estudio, y permitirá ampliar cada vez más todas las novedades que se vayan encontrando.

Continuando en la búsqueda de lo sugerido, aparece *Medellín es así*, crónicas y reportajes de Ricardo Aricapa (1998), que es una serie de crónicas acerca de lo que ocurría en los barrios y las comunas de Medellín hacia los años noventa.

A continuación, *El parlache*, de Luz Estella Castañeda Naranjo y José Ignacio Henao Salazar, que es un acercamiento a esa forma de expresión surgida en los Barrios populares de Medellín, y que, en cierta medida, se relaciona con *La virgen de los sicarios*,

por cuanto Fernando, el narrador, es un gramático que en varias ocasiones es presentado en aclaraciones sobre palabras del parlache utilizadas en esta obra.

También un texto del profesor Rodas, *Lenguajes urbanos*, que en su capítulo etreum, que es el revés de la palabra muerte sin su terribilidad, sin fonética, sin gramática, que alude a todas las tele para demostrar lo común que se ha vuelto la muerte, que está incluso en el hombre mismo, que ni siquiera existe más que sus tele (2007).

De este mismo autor es también *La p(s)icaresca: ¿un género literario nacido en Medellín?* En el que se afirma que novelas como *La virgen de los sicarios*, *El pelaíto que no duró nada*, *Rosario tijeras*, *No nacimos pa semilla*, *Al filo de la calle* y algunos seriados y películas “son el producto de una mirada que se posa en esa ciudad que se vive cruda y desgarradoramente triste” (2006), y que sirven también de preámbulo para el estudio que se pretende.

A medida que avanza la investigación y la búsqueda de información que acerque a un más amplio panorama sobre las cuestiones planteadas (¿Qué relevancia ha cobrado el antihéroe de la obra literaria «*La virgen de los sicarios*» y su representación desde el cine durante los diez años siguientes a la publicación del libro en sus lectores? ¿Cuál ha sido la recepción desde el planteamiento de un paralelo entre el héroe y el antihéroe? Se van encontrando datos de estudios y planteamientos sobre el autor y la obra seleccionados, que ayudan a ir teniendo una perspectiva más amplia y a ir seleccionando la información con mayor facilidad. Es así como se han abordado también textos de datos biográficos, inicialmente de él mismo como son lo que aporta *La rambla paralela* sobre cómo percibe él la muerte, y *Peroratas*, en la que desarrolla algunas consideraciones sobre el amor, la vida y

la moral; en este mismo sentido, los estudios de Delfín Acevedo Restrepo, autor Fernando Vallejo y sus padres (Periódico El Mundo), que narra anécdotas de la vida del autor.

Ya sobre algunas consideraciones acerca de Vallejo, Sebastián Díaz López, “Estos periodistas de este país son viles, arrodillados...”, una entrevista en la que critica a los periodistas por no ser capaces de hacer una labor más crítica e independiente; Héctor Abad Faciolince con *Tres recuerdos con Fernando Vallejo* en la Revista el Malpensante, que son anécdotas de Faciolince con Vallejo, cuando ellos eran amigos; Mario Rey.

Fernando Vallejo, hablar en nombre propio, En los frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos de Fernando Vallejo: una constante e intensa evocación; Carmen Medrano-Ollivier; De la transgresión del modelo de los discursos realistas a una estética vallejjiana; Fernando Vallejo, La virgen de los sicarios; biografía de Fernando Vallejo; Logoi, una gramática del lenguaje literario; History, nació Fernando Vallejo; El Espectador.com.

Fernando Vallejo y su participación en la Feria del Libro de Bogotá, en la que aprovecha la oportunidad e invita a los colombianos a votar masivamente en blanco para darles una verdadera lección a los políticos.

En la parte de estudios críticos y analíticos que aproximan al lector a una visión de lo que es la obra de Vallejo, se han abordado las lecturas de Luz Mary Giraldo y Néstor Salamanca-León, en compañía de otros autores con “Fernando Vallejo, hablar en nombre propio,” que es uno de los más completos trabajos que se han realizado acerca de la obra de este *gran* escritor. También está Fernando González Santos con su obra “Pensar la muerte, una lectura con Gilles Deleuze a la obra de Fernando Vallejo, que aborda los temas de la muerte y la complejidad a la hora de aproximarse a la obra de Vallejo.

Principalmente, es necesario retomar el concepto de sicaresca dado por Faciolince, en el que hace un paralelo entre la picaresca española de los siglos XVI Y XVII y lo que se escribe a finales del siglo XX, en ambas aparece un personaje de la clase baja y realiza toda clase de artimañas para poder sobrevivir en el mundo que le ha tocado, con unos ideales propios que no son ideales para la convivencia en la sociedad misma, y que desde esa perspectiva, desde su ignorancia y de la del contexto que los circunda, son considerados unos héroes, pero al mismo tiempo, convirtiéndose en antihéroes por los valores antisociales o antivalores que practican.

La virgen de los sicarios es novela sicaresca porque se inscribe en una Medellín en la que pululan la pobreza, las armas y la violencia entre jóvenes, que no esperan de su vida sino un arma, unos zapatos de marca, una trusa y unos bóxer Calvin Klein, y Vallejo logra “encajar en una retahíla de disparos y sangre, al yo delicado y tierno del gramático, al yo menos sicario de Medellín,” logra injertarlo en el cuerpo del matón y lo resuelve con la técnica del ángel de la guarda: el sicario no es el yo narrador sino otro, un amante compañero, que no lo desampara ni de noche ni de día, hasta que se muere, no en paz y alegría, pero en cierto sentido sí con todos los santos, y sobre todo con María, la Virgen de los sicarios (Faciolince, 1994).

Lo que se convierte además en una crítica a los planteamientos y conceptos que promueve la religión cuando dice que el que peca y reza, empata, que ayuda también a constituir la pareja que menciona Faciolince en el mismo texto,

Una pareja, o mejor dicho dos parejas (porque el libro, fiel a su número, tiene al final su buen duplicado sangriento), se mueven por una Medellín perfectamente real, paseándose en un solo movimiento doble y pendular: matar gente y visitar

iglesias. En una especie de romería por todos los santuarios, capillas, iglesias, catedrales, templos del Valle de Aburrá, las parejas visitan santos y salen a la calle a despachar almitas para el cielo (1994).

Sigue Faciolince con su discernimiento, y menciona también el hecho de que los protagonistas de estas obras sean seres que causan pesadillas a los lectores, sí, jóvenes matones que con frialdad desprecian la vida, y al asesinar en su día a día, no ven un crimen en dar la muerte a otro ser humano (lo que refrenda nuevamente la tensión existente entre héroe y antihéroe), y que el mismo Vallejo parece no sentir, como sí lo hace cuando se trata de la misma manera a los perros, que para él son sus parientes. Todo esto pasa en Medellín, una ciudad de las más católicas, pero considerada también de las más violentas del mundo para esa época.

Cabe resaltar también la definición de sicario para Mario Vargas Llosa, quien dice “que se trata de un niño de doce o trece años nacido y crecido en el mundo darwiniano de las “comunidades”, barriadas de pobres, desplazados y marginales que han ido escalando las faldas de las montañas que cercan a Medellín,” concepto que también es clave en el proceso de investigación actual.

Pasando al aspecto religioso, se han estudiado las aproximaciones de José Manuel Camacho Delgado en su texto, “El narcotremendismo literario de Fernando Vallejo. La religión de la violencia en La Virgen de los sicarios,” en el que hace un recorrido exhaustivo y profundo acerca de las alusiones tan subidas de tono y poco comunes contra la religión en un país dedicado al Sagrado Corazón y, más aún, a María Auxiliadora, La Virgen patrona ahora de los sicarios, que le rezan para que no les falle la puntería. En esta investigación, Camacho califica a Vallejo como un escritor que es capaz de arremeter

contra cualquier forma de ortodoxia social, modelo religioso o canon literario, lo que hace que la confrontación sea el alma que da vida a la obra de este escritor (2006), y de hecho, es la confrontación entre héroe y antihéroe la que se pretende develar en esta investigación.

En este mismo sentido, Héctor Hoyos, en su investigación en (2010), titulada “La racionalidad herética de Fernando Vallejo y el derecho a la felicidad,” hace una crítica a la civilización cristiana presentada en la obra de Vallejo, específicamente en *La Virgen de los sicarios*, *La puta de Babilonia* y *El desbarrancadero*, tomando relación con el poder cívico-religioso tomado en la Colombia que habitamos desde el papado de León XIII, con esto demuestra una aceptación a lo plasmado por Vallejo en las obras mencionadas y en lo que respecta a este tema, también demuestra gran valor crítico.

En la política, Fernando Vallejo ha sido muy incisivo, no solo en la obra que aquí es analizada, sino cada vez que tiene la oportunidad de expresarse cuando le preguntan acerca de sus ideologías y pensamientos, que ventila sin ningún tapujo, es así como en numerosas ocasiones se ve en la obra cómo ataca a los políticos, incapaces de transformar lo intransformable, porque, magistralmente, manipulan a su antojo las ideologías populares, perpetuándose como poderosos absolutos gracias a esa manipulación. Esto hace parte también de ese sino que no se puede cambiar, que está escrito con tinta indeleble en la historia de este país sin memoria, que se perpetúa en la pobreza y en el sufrimiento que deviene de esta, porque la ignorancia no permite que mire con ojos diferentes algo que está al frente, en sus narices, pero que se tapa con una fe ciega, que hace pensar fervientemente que lo que se sufre en esta vida, se goza después de la muerte, y por estar en esos pensamientos, no se vive la vida como ser humano autónomo, sino bajo las directrices de lo que digan otros.

Luego de reconocer y comprender el texto en cuestión, existe la tentación de aventurarse a investigar acerca de un abanico de posibilidades sobre las que habría que auscultar y descubrir sentidos arcanos; sin embargo, lo principal, lo que actúa en el lector, sin duda alguna es el estilo directo y a veces incomprensible de su autor, que hace que un lector desprevenido se pierda en el tiempo, en las críticas y en el discurrir que es novedoso con su yo presente en la obra.

Es inevitable que a la hora de pensar en narradores críticos que presentan y exponen casi sin tapujos sus pensamientos mediante las letras, se piense en Fernando Vallejo. Pues bien, *La Virgen de los sicarios* es uno de esos textos en los que se hace evidente que en la narrativa de este escritor y crítico se presenta a la política, a la religión, y al mismo país como se percibe, como él lo palpa a través de su ojo inquisidor, que juzga y delata una y otra vez en su obra, como un *leit motiv* que no se detiene y que no se calla, como susurrando, tal vez gritando al oído del lector para que vea lo que no ha visto ni reflexionado, pero que siempre está ahí, como él mismo lo dice, por estar escuchando vallenatos y viendo y viviendo fútbol, o, simplemente, viviendo como autómatas, existiendo mecánicamente, sin darle ni encontrarle sentidos, o por lo menos, un sentido a la vida.

Una y otra vez en el texto se alude a la violencia y la pobreza como algo de nunca acabar en un país en el que los funcionarios y gobernantes son los primeros incapaces de ser transparentes en sus acciones, como es presentado, por ejemplo, cuando el narrador, muy directamente, hace una aclaración como gramático en el uso del ‘debe de’: “Puesto que sus hermanos se enriquecen con contratos públicos y él lo permite, también el presidente debe de ser un ladrón” (Vallejo, 1994: 23). De esta manera, constantemente se

presenta en la obra a una sociedad que a la vista del narrador está quebrada y fragmentada socialmente, y cuyo origen parte desde los más altos gobernantes, y que es de esperarse que en las comunas, en donde no hay hogares funcionales, la gente del común, lo esté aún más.

Así mismo, la religión es criticada con acritud, tanto al mismísimo Dios, como a sus más altos jerarcas y a sus fieles seguidores, cuando por ejemplo afirma a través de sus letras que Dios es el culpable del sufrimiento y de la pobreza de los hombres, y cuando califica al padre del minuto de Dios como el patrocinador de la pobreza, ya que para él, ayudarle al pobre es perpetuar su pobreza y ayudarle a ellos a que no salgan de ella, tal y como fue expresado con anterioridad.

Además, hace una crítica y un llamado cuando constantemente alude a la mirada de los jóvenes, que son pobres, que deberían ser inocentes, puros y manejables, pero que en realidad viven su cotidianidad en el poder de un arma, en unos tenis finos y en lo que les muestra su corta y vacía existencia. Para ellos esto es heroísmo, pero con otros ojos. En definitiva, ellos son vistos como antihéroes, como asesinos, como un parásito en la sociedad al que hay que temerle, al que hay que encerrar en una cárcel, esto es lo que se demuestra en esta obra, y esto es lo que se muestra como tensión entre los mismos personajes en la misma obra, pero que es cambiante según las perspectivas y los contextos en que van actuando.

Finalmente, autor, texto y lector confluyen en este capítulo para dar inicio a una forma de investigación que pretende presentar una nueva forma de lectura, o, por decirlo así, mostrar desde otra perspectiva una obra que vista con otros ojos, más que detractora de las entidades más influyentes de la sociedad colombiana, permita formar lectores críticos

capaces de enfrentarse a los diferentes escenarios de la vida real, con argumentos contundentes y valederos, todo porque su conocimiento lo facilita.

Otra lectura de *La virgen de los sicarios*: la mirada cinematográfica

La validez de una obra parece estar dada, en ocasiones, por el nivel de aceptación que tenga en la sociedad. Para algunos este puede ser un criterio relevante a la hora de calificar un producto estético como bueno o malo. No obstante, la acogida depende de mucho más que de discernimientos artísticos. Juicios religiosos, políticos y hasta económicos intervienen de manera directa en el público espectador.

Con el afán de determinar la manera cómo se ha aproximado la novela *La virgen de los sicarios* al público, específicamente al colombiano, que de paso se aclara, debería ser el más interesado en razonar sobre sus realidades sociales, se fijan esfuerzos en realizar búsquedas que permitan dimensionar la aprobación de la obra por parte de la masa lectora y definitivamente una de las formas más evidentes que tuvo la obra para aproximarse al público fue la adaptación cinematográfica realizada por Barbet Schroeder, director de cine Francés, quien mediante una coproducción franco-colombiana-española, logra adaptar la novela al cine.

Se habla de adaptación en tanto algunas técnicas narrativas debieron cambiar, es decir, la novela se desarrolla a través de un monólogo, donde Fernando cuenta su propia historia. En la película, en cambio, se entabla un diálogo entre Fernando y Alexis, donde el primero lleva al segundo en un recorrido por diferentes lugares de Medellín y le comparte

sus puntos de vista sobre variados temas y le manifiesta constantemente su hastío por la vida.

Otro asunto que debió modificarse fueron las 18 muertes que transcurren en la novela, pues resultaba difícil e *insoportable* recrearlas, según el mismo director. Estos cambios fueron propuestos por Fernando Vallejo, así lo aseguró el director francés en la entrevista realizada por el crítico de cine Jean Douhcet el 20 de mayo del año 2000.

La película obtuvo varios reconocimientos, entre los que cabe destacar la Medalla de oro de la Presidencia del Senado en el festival de Venecia en el año 2000 y el premio a Mejor trabajo de un director no latinoamericano en el festival de la Habana. En Colombia, sin embargo, no logró tener gran eco, y los pocos que se alcanzaron a escuchar fueron inmediatamente silenciados por la crítica, lo que no permitió que se hiciera un análisis real del film. Y es que Colombia no ha sido un país en el que se resalten las artes, incluido el cine y si bien el libro no contó con la aceptación suficiente, la película, que supondría un acercamiento más amigable al público, tampoco fue vista con buenos ojos.

Señalada por algunos como una película *gay colombiana sobre el mundo de los sicarios*, y de hecho incluida en páginas de clasificación de cine gay, la película se queda en una mirada que aunque realista no trasciende al análisis de la problemática social de la Medellín de los años ochenta y noventa.

El filme, podría decirse, es el producto más evidente de lo que sería una extensión de la novela en términos estéticos, pues dentro de los hallazgos que arrojó esta búsqueda, se pudo comprobar que existen variados estudios del plano de lo académico, asunto satisfactorio que demuestra que la novela ha sido ampliamente investigada, pero dichas

investigaciones están enmarcadas por un alto nivel de rigurosidad que tampoco ha permitido que un público más común y corriente pueda digerir la novela con todas sus potencialidades.

Lo anterior se constituye en el punto de partida para el planteamiento de una propuesta de lectura estética y crítica de la obra, que tiene como uno de sus objetivos principales cuestionar el canon vigente y rescatar de la indiferencia una obra que puede ayudar a entender un poco la forma que tienen los jóvenes de aprehender el mundo.

CAPÍTULO 2

HÉROES Y ANTIHÉROES EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE CATEGORÍAS

La anomia como concepto

Las sociedades suramericanas padecen realidades de orden social que llevan a los individuos a asumir conductas que evidentemente se constituyen en una transgresión de la norma, o lo que es aún peor, los conducen a la creación de sus propias normas.

Los postulados de Peter Waldmann sostienen que a los grupos humanos que sobrellevan esta situación particular se les denomina como *sociedades anómicas*. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua (2014) define la anomia de esta manera: “*Conjunto de situaciones que derivan de la carencia de normas sociales o de su degradación*” (153).

Dicho concepto fue propuesto originalmente por el sociólogo francés Emile Durkheim. Por su parte, la socióloga Girola, en la misma línea de ese autor, concibe la anomia como:

“la situación que se produce por la falta de normas que reglamenten las relaciones entre los partícipes en la vida industrial y comercial. Es un fenómeno producido por los cambios excesivamente rápidos ocasionados por el industrialismo, y es una situación anómala transitoria, que se ve agravada por el progresivo debilitamiento de la consciencia colectiva (p. 29).

Así pues, la validez del concepto estaba dada por el avance de La Revolución Industrial que afrontaba Europa y los efectos colaterales de la misma.

Ante la evolución de la universalización de los términos y de las ideas, la anomia como concepto empieza a ser estudiado y adaptado a diferentes contextos sociales como el norteamericano. Gustavo Forero (2012), citando a Robert K Merton, advierte “*que el problema del individuo en esa sociedad era su incapacidad o imposibilidad de acceder a las metas económicas propuestas oficialmente por el sistema*” (p. 126).

En Latinoamérica, la situación no dista mucho de las anteriores (Europa y Norteamérica); algunos estudiosos, de hecho, han concentrado sus esfuerzos en entender las complejas sociedades de los países del sur, denominándolos, en el caso de Waldmann, citado por Forero (2012) como *Estados periféricos* que son, por defecto, *Estados anómicos*. El autor entonces “*planteó el tema para los estados periféricos, incluida Colombia, y afirmó que los países en vía de desarrollo presentan generalmente un estado “anómico” en el que “coexisten normas de comportamiento generales y específicas, oficiales e informales cuyo modo de operar no es claro*” (p. 126). Tratar de entender las razones por las cuales los países latinoamericanos son distintivamente desordenados implicaría hacer un recorrido que podría remontarse a la época de las colonias y la imposición de leyes extranjeras, aunadas al orden jurídico autóctono, lo que desencadenaría una simbiosis insana de diferentes códigos de normas, esto por mencionar solo una de las múltiples razones que pueden ser el origen de los Estados caóticos.

Manifestaciones de la anomia en la literatura colombiana

Las narraciones literarias, independientemente del lugar donde se produzcan, tienen algo en común; establecen como centro de su narración situaciones propias del contexto particular en el que se desenvuelven. Así, cada novela recrea escenarios que enmarcan costumbres, formas de vida, organizaciones sociales, arquetipos de personajes, entre otros. La literatura de todo el mundo puede dar cuenta de ello, pues los relatos están mucho más cerca de la vida que del arte y es por eso que se constituyen en pruebas documentales y testimoniales de su comunidad.

En el caso específico de la Novela Colombiana, diferentes autores de distintas obras han captado el desorden social y lo han puesto de manifiesto a través de la configuración de personajes que dejan ver la ausencia de la norma hasta en las situaciones más cotidianas. Son de alguna manera víctimas de un sistema que los excluye y producto de una irregularidad cultural donde la transgresión de la norma es un asunto común que pone al descubierto también la incapacidad del Estado para consolidar normas claras, que sean aceptadas y a su vez sancionables. Este personaje como lo menciona Forero (2012) “*es el criminal que desde la perspectiva anómica es el héroe que muchos desean ser y que encarna lo que una sociedad criminalizada admira y legítima*” (p. 131).

La configuración arquetípica del personaje *criminal* de la Novela Colombiana no se fundamenta en principios de razón o reflexión, preguntas o discernimientos sobre el ser, este sujeto es solo acción, responde a instintos basados en la anomia. Desprecia la ley tal vez por ignorancia, pero una ignorancia programada, es decir no presta atención en saber si lo que está haciendo está *bien o mal*, solo actúa en respuesta de sus propios intereses y motivaciones, que en el caso de la narrativa Antioqueña, tienen todo que ver con la

retribución económica, es decir, obviar la norma por dinero, sin un atisbo de remordimiento o culpa, buscando tal vez algo de reconocimiento o un estatus social.

En palabras de Waldmann (2007) *“la norma se hace para procurar que se cumplan las expectativas que se tienen de los comportamientos y que se garantice cierta previsibilidad y cierta seguridad en los procesos del trato social”* (p. 108). Teniendo en cuenta estos planteamientos, una sociedad anómica como la colombiana es inasible e impredecible. Colombia es un estado caótico incapaz de garantizar el cumplimiento del contrato social entre los ciudadanos (encarnado en la ley), en que se evidencia el desorden y se obliga a los pobladores a imponer su propio orden. Se fortalece entonces la paradoja de que la regla es la ausencia de la misma.

En este sentido la Literatura se encarga de recrear la realidad de la manera más “vívida” posible, es decir los autores Colombianos de esta novelística se han enfocado en fabricar ficciones que han bebido de las situaciones más habituales y de los personajes más honestos, pero a la vez menos creíbles para lectores despreocupados o ignorantes de las realidades colombianas, y el resultado han sido textos como *No nacimos pa’ semilla* (1990) de Alonso Salazar (1960), *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco (1962), *Satanás* (2002) de Mario Mendoza (1964), *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo (1942), entre otros. Todas estas obras comparten la misma característica; narran acciones realizadas por personajes que ponen de manifiesto una clara ausencia de normas, en las que los individuos buscan simplemente sobrevivir en contextos hostiles y condiciones desfavorables, movidas de igual forma por la carencia de normas. Al respecto, Forero (2009) expresa que *“la anomia constituye la regla y tanto el autor, las novelas y sus*

personajes responderían a esta lógica intrínseca que define el contexto del escritor y el universo novelesco que crea” (p. 76).

Es así, entonces, como las novelas ya mencionadas son un reflejo de los lugares, personajes y situaciones que las vieron nacer, su objetivo va más allá del simple entretenimiento, son tal vez una denuncia, una forma de labrar la memoria a través de los relatos literarios y poder así comprender la ininteligible sociedad colombiana, que contada a través de la literatura ha logrado despertar asombro o incluso repudio en algunas audiencias, debido a la negación o al deseo de invisibilizar las problemáticas sociales acontecidas en los sectores periféricos de las ciudades. Aquí, la indiferencia y la ineficacia del estado es puesta de manifiesto, en tanto este como órgano social es el garante del orden y la seguridad y estos dos conceptos en las novelas al igual que en la vida real no tiene concurrencia alguna. Estas novelas han movido fibras y han sacado a la luz trasfondos que muchos niegan amparándose tal vez en un sentimiento de orgullo de patria chica.

La novela de crimen: un género colombiano por excelencia

Hablar de la novela de crímenes implica necesariamente remitirse a su antecesora La Novela Negra, esta como género lleva un buen tiempo en escena y ha sido una constante en las creaciones literarias de autores de diferentes países.

Sus orígenes están asociados a Norteamérica y tienen que ver todo las diferentes crisis sociales y económicas que enfrentó dicha nación, la posguerra y la crisis del 29 fueron factores detonantes que nutrieron la imaginación de los escritores, quienes se dieron a la tarea de narrar los desfalcos de la bolsa y los fraudes en Wall Street. Aquí entonces, empiezan a aparecer autores como Edgar Allan Poe, quien con sus cuentos policiales

(algunos piensan que este autor inventó el género policíaco) y de crímenes espeluznantes dio tal vez pie para que autores posteriores enfatizaran en la novela de crímenes o, como Borges afirma en sus distintos ensayos, prefigurara a escritores ulteriores en un género cuyas fronteras con la Novela Negra son, ciertamente, muy inexactos; Lovecraft y Nathaniel Hawthorne serían autores que de algún modo fueron prefigurados por Poe, debido a las temáticas similares en que basan sus obras: crímenes y misterios inexplicables. Por otro lado, la cuota europea la puso la británica Agatha Christie, quien con sus relatos policíacos también aportó mucho al género. Esto por mencionar sólo algunos. Inicialmente estas creaciones tenían como tema principal la narración de delitos cometidos por un agresor que solía ser un misterio para el lector y que jugaba con elementos intrigantes y pistas bien acomodadas que conducían al descubrimiento del culpable.

Es necesario hacer la aclaración que el género de Novela Negra posee unas vertientes que obligan un análisis casi que por separado, es decir, la Novela Negra presenta dos bifurcaciones que si bien se gestan en la misma raíz, cada una de ellas toma direcciones opuestas. Estamos hablando de los subgéneros del subgénero Novela Negra: Novela de Crímenes y Novela Policiaca. Intentar diferenciar una de la otra, es difícil, en tanto sus límites son imprecisos y muy vagos; sin embargo, la dilucidación del género tiene que ver con la *construcción de la subjetividades* en términos de quien narra o sobre quién se está narrando, la clasificación entonces, según Popel (2001) “*depende del lugar de la construcción de subjetividades (la del delincuente, de la víctima, o la del investigador), del tipo dominante de representación del poder público (político, económico, social, racial) del tipo de justicia por el delito (estatal o no), y de su relación con la verdad o el tipo específico de la verdad que se postula*” (p. 239).

En el contexto de la Literatura Colombiana no podríamos hablar propiamente de Novela Negra, las producciones literarias de este país son más cercanas a la novela de crímenes. Estas narran situaciones que tiene todo que ver con el orden social establecido y con los conflictos propios que soporta la nación, no se trata entonces de resolver crímenes ni de descubrir asesinos ocultos que serían asuntos más cercanos a la novela policiaca, sino más bien de contar la historia desde la versión del criminal, un criminal expuesto a luz pública y de hecho muy conforme con su rol.

El subgénero de la Novela de Crímenes tomó pues gran fuerza en la sociedad Colombiana sobre todo en las décadas de los años ochenta y noventa, pues las relaciones que se establecieron en este periodo entre los partidos políticos y los grupos armados y sobre todo el demostrado problema del narcotráfico, propiciaron el ambiente perfecto para las producciones literarias. De hecho el escritor colombiano Pablo Montoya Campuzano (2006) declaró alguna vez en entrevista realizada a José Libardo Porras Vallejo que, “*el único tema en común que tenemos los escritores colombianos es el de la violencia*”, y es que muchas décadas de guerras intestinas han hecho que la Literatura fije la atención en el conflicto y se dedique a narrarlo.

Sergio Arturo González Vargas, en su artículo *Saide: ensamble de una Novela Negra*, en el cual intenta validar el género de Novela Negra Colombiana, especifica tres aspectos que caracterizan a este género. El primero de ellos es el contexto histórico como preocupación entre la denuncia social y la búsqueda del realismo, la literariedad y el juego con el lenguaje, y por último la relación entre ética, estética y moral. Lo anterior supone un análisis profundo de cada una de las novelas que se pretenda clasificar en este género para determinar si cumplen o no con dichas características. Las opiniones al respecto son

variadas, sin embargo es necesario aclarar que no se constituye en un objetivo de nuestro trabajo clasificar o reclasificar la obra en cuestión.

Adicional a lo anterior y delimitando aún más el contexto literario, se hace necesario aquí hablar del subgénero de la sicaresca como la manifestación de un fenómeno social exclusivo de la ciudad de Medellín. *La literaturización del narcotráfico* se convirtió en una constante de las narraciones antioqueñas, que abandonaron el campo y se trasladaron a las ciudades, a las zonas periféricas específicamente, donde los ideales de vida contemplaban unas características muy peculiares. Este fenómeno resultó tan sorprendente que se le abrió un espacio exclusivo dentro de la literatura.

La introducción del término se le atribuye a Héctor Abad Faciolince, escritor Antioqueño, quien en una entrevista realizada en el año 2006 en la sala patrimonial de la Biblioteca de la Universidad EAFIT de Medellín, respondiendo a la pregunta “¿cuál es su opinión acerca de la novela sicaresca?”, dice que tiene el orgullo de haber creado esa palabra y continúa diciendo “*La sicaresca apareció por primera vez en un artículo que yo escribí sobre esas novelas: La sicaresca antioqueña. Realmente se parece mucho a la picaresca en el sentido de que es una persona, por lo menos en los primeros libros, que narra en primera persona su vida de fechorías* (Entrevista realizada por Jaime A. Orrego. Illinois Wesleyan University.)

Y aunque la creación del término se debe más a una crítica realizada por su creador, ante el engolosinamiento que estaban teniendo los escritores por esta narrativa, el término cobró tal fuerza que aún después de varios años en que se mencionó por primera vez la expresión, esta sigue vigente y se ha venido robusteciendo a partir de estudios, análisis y obviamente a la creación de más novelas del subgénero de la sicaresca.

La novela de crimen en Colombia da cuenta entonces de una sociedad anómica y desordenada que estableció como su imaginario colectivo el engaño, el dinero fácil, las vías rápidas y que inevitablemente vive en una constante transgresión de las normas. Sin reparar mucho en credos, filiaciones políticas o cuestiones éticas, la población definió un modelo de vida basado en la crisis de los valores, donde lo único realmente importante era el beneficio propio.

Sobre el héroe y el antihéroe, breve conceptualización

A lo largo de la civilización humana, las diversas literaturas existentes, a través de los diferentes géneros narrativos, especialmente del género épico, han promovido la figura de un ser privilegiado e inmortal: el héroe. Este personaje ha sido comparado en innumerables oportunidades con los dioses o, en su defecto, se ha dicho de él que su ascendencia proviene de la divinidad. La literatura grecolatina, se ha ocupado del héroe con indubitable maestría.

En la época clásica y en la Edad Media, se trataba de un personaje masculino, viril, rudo, que representaba la excelencia humana, generoso, intrépido y valiente, realizando siempre hazañas asombrosas y buscando cumplir con sus responsabilidades y compromisos, pues estos más que un deber eran un destino. Con la aparición de la épica griega y del que es quizás el mayor exponente de este género inmortal, es decir Homero, conocieron la luz dos obras mayúsculas de la literatura universal que se han hecho imperecederas en virtud de sus argumentos y de la forma poética en que han plasmado las figuras paradigmáticas del héroe: La Ilíada y la Odisea.

En estos grandes poemas épicos, se nota con ostensible claridad el encomio sin parangón que tienen sus protagonistas. En primer lugar, Aquiles, personaje central de la *Ilíada* y uno de los grandes héroes de la literatura, es puesto al nivel de la divinidad al haber nacido de una diosa (Tetis) y de un mortal (Peleo) y de mostrar su bizarría en tanto guerrero inmisericorde y valeroso como pocos. A raíz de sus descomunales atributos físicos, la voz poética de la *Ilíada*, invocando a la musa inspiradora de la poesía épica (Calíope), relata algunas de las aventuras que hubo de afrontar Aquiles durante los momentos en que fue partícipe de la Guerra de Troya. Sin embargo, no es solo su figura la que sobresale en *La Ilíada*, sino las de otros personajes tan heroicos como el mencionado. Héctor, por ejemplo, es otro de los héroes fundamentales de la *Ilíada*, quien es uno de los mayores rivales de Aquiles y quien gozaba también de extraordinaria virtud y fortaleza. Por otro lugar, en la *Odisea* Homero destaca las cualidades de otro personaje heroico contra quien se ensañan algunos dioses por considerarlo un irreverente y un taimado sujeto, y lo hacen oscilar entre la esperanza y la desesperanza, hasta alejarlo de su amada esposa, Penélope y de su hijo Telémaco. Pero es tanta su magnanimidad (una de las características del héroe clásico) y vigor físico, que logra arrostrar todos los peligros que se cernían sobre su vida para al final retornar a casa al lado de su familia convertido en un héroe sin paralelos.

Por otra parte, uno de los poetas que mejor bebieron de las dos obras señaladas para construir la suya fue Virgilio, el más grande poeta latino. Este vate perpetuo, a petición del emperador Augusto, compuso una obra de proporciones universales *La Eneida*. En esta relata las proezas de un héroe secundario de la *Ilíada*, Eneas, hasta hacer de él un héroe consumado y de importancia radical, quien gozaba de las mismas cualidades de Aquiles. En esta obra se narra con maestría única una “verosímil” fundación de La Ciudad

Eterna, cuando luego de la Guerra de Troya, Eneas abandona tierras orientales en busca de un mejor destino y arriba a Italia, en donde contrae nupcias con la hija favorita del Rey Lazio: Lavinia, y funda la nueva Urbs, esto es, Roma, pero solo después de atravesar toda suerte de peripecias y aventuras propias de un personaje de su talla.

El cantar del Mío Cid, por su parte, obra característica del periodo medieval, vivifica al héroe a través de los Caballeros, sujetos que exaltan los valores morales de la época y son de hecho un ideal de ciudadano; fieles vasallos, asiduos defensores del honor familiar y guerreros valerosos, siempre dispuestos a la defensa de cualquier afrenta, estos personajes por sus características se muestran como modelos a imitar.

No obstante, la existencia de un héroe constituye la presencia de un antihéroe, algo así como bien y mal, luz y oscuridad, conceptos que si bien son opuestos, coexisten para brindar notoriedad a su contrario. Convergen entonces en un mismo escenario el héroe y el antihéroe en constante enfrentamiento, compartiendo algunos de los valores heroicos, pero con propósitos diferentes. Durante siglos, héroe y antihéroe han coexistido en permanente pugna en todas las culturas conocidas. Aunque por lo general ha salido victorioso el héroe, este ha debido afrontar verdaderas batallas cuerpo a cuerpo y a veces hasta espirituales con el antihéroe, lo que ha favorecido, sin ninguna duda, el enriquecimiento de la literatura universal. De acuerdo con lo anterior, el antihéroe merece toda la atención de los lectores y de los analistas literarios, pues su figura es rica en matices psicológicos, al igual que la de su contraparte, esto es, la del héroe.

Con el paso del tiempo ambas figuras toman un matiz diferente como si fueran uno mismo, ya no se trataba de seres antagónicos en constante confrontación, sino de personajes que poseían características antiéticas que atentaban contra preceptos morales y sociales, con

el único fin de buscar su propio beneficio; pueden incluso ser anodinos, pobres, alienados y sin esperanzas.

De acuerdo con lo anterior, a continuación se ofrecen algunos casos de esta figura en su segunda acepción, es decir, en la del antihéroe moderno.

El siglo de oro de la Literatura Española nos muestra a dos personajes que se enmarcan en la última acepción. Por una parte, Lázaro, de la inmortal obra “El Lazarillo de Tormes”. Este personaje no actúa de acuerdo con las directrices sociales; roba, miente y es definitivamente un pícaro; sin embargo la suspicacia que lo representa hace de él un héroe que lo único que pretende es sobrevivir a las adversas condiciones de la España que habita. Robar es evidentemente una actitud reprochable, pero el sinfín de hazañas que tiene que enfrentar el Lazarillo y el ingenio que pone en ellas despiertan la simpatía de lectores de todos los tiempos. Por otra parte, Quevedo, a través de su narrador, cuenta la historia de don Pablos, un personaje miserable, que trata, al igual que Lázaro, de subsistir en el siglo XVI; para tal fin, Pablos se ve obligado a aprender distintas fechorías propias de delincuentes trapaceros e inmorales, luego de perder su inocencia e ingenuidad en la escuela donde fuera a instruirse. Desde ese momento comienza una serie de sucesos verosímiles y cómicos que hacen de él un antihéroe de su tiempo, el cual había de purgar paso a paso todas actitudes picarescas para poder llegar a ser un hombre más o menos aceptado en la sociedad de entonces.

Ahora, muchos siglos después de las primeras y fabulosas descripciones del héroe clásico, pasamos al héroe contemporáneo con la seguridad de que muchos valores han cambiado y que tal como lo menciona Nicolás Casariego: los héroes se vuelven menos y menos fabulosos, al punto de decir que el héroe contemporáneo es a su vez un antihéroe

que no cumple con las condiciones que demanda la sociedad, optando por una individualidad que lo lleva a crear y a regirse por sus propias normas, obviando las establecidas.

Una muestra de ello puede ser el cuento *La gallina degollada* del escritor Uruguayo Horacio Quiroga, allí se presenta la historia de un matrimonio inusual. La pareja de esposos tienen tres hijos que padecen una enfermedad degenerativa que con el tiempo los vuelve idiotas. Su padres, desesperados y con secretas incertidumbres, se inculpan recíprocamente de ser los culpables de la patología de sus hijos. Sin embargo, su vida matrimonial cambia un poco cuando dan a luz a una niña que parece haberles devuelto las esperanzas, pues no parece sufrir de la enfermedad que aquejaba a sus hijos mayores. Sin embargo, los tres idiotas, seres que lo único que parecen disfrutar es mirar con terquedad el astro rey y quienes parecen tener cierta habilidad para la imitación, la asesinan de manera brutal. Cualquiera día, al observar a la criada degollar una gallina, toman a la fuerza a su hermana y la degüellan tal y como lo vieran hacer con la gallina. Este hecho, cruel por sí mismo, los torna unos antihéroes contemporáneos que acaso intuitivamente solicitaban de sus padres el mismo interés y cuidados que le obsequiaban a su hermanita, y solo con una acción violenta como la subrayada demandaron la atención que urgían como seres humanos (los antihéroes contemporáneos también buscan subvertir el orden establecido, otra de las cualidades del antihéroe contemporáneo).

Más cercano a la literatura colombiana, hay tres libros en los cuales se han destacado personajes que se asemejan a los antihéroes contemporáneos y que dialogan directamente con la obra que aquí pretende analizarse: *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, y del que se ha hablado con suficiencia en el primer capítulo de este

trabajo, en la hermenéutica respectiva. Estos son: *No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar, *Satanás*, de Mario Mendoza y *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco.

En el primero de ellos, *No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar, hay varios narradores que cuentan sin mucho pudor sus aventuras sicarescas, las cuales los ponen al nivel de antihéroes contemporáneos, dado que no aspiran a nada en la vida, solo pretenden sobrevivir a como dé lugar, pasando por encima del otro si es posible y eliminándolo si se opone a sus intenciones, o si un autor intelectual necesita de sus servicios de sicario. Este libro, referente obligado de la novela de crímenes y de lo que últimamente ha sido llamado con cierto tino 'la sicaresca', ha sido fuente de obras cuyos argumentos han estado enmarcados dentro de este joven género literario. Además, cabe señalar que este texto no es una obra de ficción, sino un análisis más o menos verosímil de lo que aconteció durante los años ochenta en Medellín cuando el narcotráfico impuso el sicariato como una forma de callar a todo aquel que se resistiera a su nuevo modo de adquisición económica y a su incipiente poderío.

Por su parte, la novela *Satanás*, de Mario Mendoza, profundiza en la figura de un personaje desequilibrado que asesina a una serie de personas inocentes luego de que él perdiera las esperanzas en la humanidad. Campo Elías, que así se llama el protagonista en la obra, encarna a cabalidad la figura de un antihéroe moderno, toda vez que es un sujeto introvertido y enajenado que se dedica a dar clases de inglés, después de haber sido un destacado militar en la guerra de Vietnam. Este es otro de los referentes obligados en Colombia de lo que pudiera ser un antihéroe o un héroe de acuerdo con sus proezas o sus vilezas.

La novela Rosario Tijeras, de Jorge Franco Ramos, es otro de los clásicos recientes sobre el particular, pues ahí el tema del sicariato sigue siendo un leitmotiv recurrente que atraviesa la obra y que emparenta a su protagonista, en este caso una mujer sicario, con un antihéroe contemporáneo, aunque con algunos visos de heroína, dadas las intensas problemáticas que desde muy chica tuvo que afrontar, tanto en su hogar como en la ciudad de Medellín, que es el contexto en el que se desarrolla la obra.

Teniendo en cuenta los anteriores referentes sobre héroes y antihéroes, al igual que las categorías de anomia y de novela de crímenes (sedimentos esenciales para los fines que aquí se pretenden alcanzar), se tratará de demostrar desde este instante la permanente tensión que existe entre el héroe y el antihéroe en relación con los protagonistas de la novela La virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo, a partir de citas tomadas de la obra en las que se evidencian esas alternancias.

Tensión entre héroe y antihéroe en los protagonistas de La virgen de los sicarios

La novela comienza con la evocación de un pueblo llamado Sabaneta. El narrador, que en esta obra es homónimo del propio autor, Fernando, es terminante al afirmar que lo conoció muy bien –así, en pasado- porque en ese ámbito geográfico transcurrió su infancia, que al parecer fue afortunada. Luego, entre nostálgico e irónico, refiere un acontecimiento en apariencia trivial pero fundamental en relación con las imágenes mentales que logra suscitar en los lectores, debido a sus reminiscencias íntimas. Tales recordaciones consisten en la descripción de un momento inmemorial e indeleble para el narrador: la elevación de un globo de papel deleznable, la cual le da pie para ironizar un poco sobre la ignorancia que tienen algunos antioqueños respecto de esas

tradiciones festivas, por demás ya en franca decadencia, según su particular visión. Así mismo, el narrador es, desde el principio, un receloso visionario que no le encuentra más que una solución apocalíptica a los conflictos colombianos: *“Él es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando [El corazón de Jesús]: goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén”* (Vallejo: 1994: 8).

Siguiendo con sus ironías y escepticismos, el narrador relata lo siguiente: *“A mi regreso a Colombia volví a Sabaneta con Alexis, acompañándolo, en peregrinación”* (Vallejo, 1994: 9). Tras esta expresión subyace la sospecha de que Fernando se había exiliado de este país, ya sea por voluntad propia, o bien, por disposiciones de terceras personas. Tal afirmación está apoyada por las inferencias que se desprenden de las líneas que preceden la frase textual que figura al inicio de este párrafo. Vallejo expresa lo siguiente:

Quién sabe adónde habrá ido [el globo], a China o a Marte, y si se quemó: su papel sutil, deleznable se encendía fácil, con unas chispa de la candileja bastaba, como bastó una chispa para que se nos incendiara después Colombia, se “les” incendiara, una chispa que ya nadie sabe dónde saltó. ¿Pero por qué me preocupa a mí Colombia si ya no es mía, es ajena? (p.8).

De acuerdo con lo anterior, hay un retorno de un lugar que no menciona el narrador a un lugar amado y odiado por él, como lo es su patria, Colombia. Al volver a esta nación, dice de manera textual que fue en peregrinación con Alexis, un joven sicario, de orientación

homosexual y amante suyo, a quien había conocido un día antes. El propósito de la romería era que Alexis le pidiera a María auxiliadora, la virgen más famosa de Sabaneta y quien le da título a la obra, que lo acompañara en sus actividades delincuenciales propias del sicariato.

En este momento de la narración, la fábula toma una vertiente muy intensa, llena de violencia y pasión, y dejando atrás, al menos de manera intermitente, el asunto de las añoranzas. A partir del recuerdo de la peregrinación a la iglesia de Sabaneta, el narrador cuenta, sin cuidarse de utilizar eufemismos que entorpezcan la solidez de la estructura narrativa, algunas de las acciones “sicarescas” de Alexis y de Wilmar, otro de los protagonistas, las cuales pueden ser observadas de diferentes modos. De un lado, podrían ser vistas como delitos viles propios de seres desalmados que matan por placer y por obtener dinero fácil (características prototípicas de antihéroes en su acepción moderna). De otro, las acciones violentas de esos jóvenes sicarios podrían ser consideradas heroicas, en virtud de que a menudo se veían forzados a cometer homicidios a cambio de una remuneración para poder sostener a sus familias, así fuera de manera precaria (características verosímiles de un héroe contemporáneo).

El narrador, Fernando, entre sarcástico y realista, y tratando de explicitarle a su abuelo muerto hace años el concepto de *sicario*, dice lo siguiente:

“Te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño, que mata por encargo. ¿Y los hombres? Los hombres por lo general no, aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años, como Alexis, mi amor
(Vallejo, 1994: 9-10).

Más allá de la ironía explícita de la cita, lo importante, de acuerdo con la dirección que tiene este trabajo, es que al lector lo embarga una incómoda sensación de ambigüedad, rayana en la incertidumbre. Por un lado, para cualquier persona que respete la norma y sea un defensor de la vida, la palabra sicario es, *per se*, un vocablo que repulsa de inmediato, habida cuenta de su triste significado. Pero por otra parte, la palabra *muchachito* –voz que se refiere sin duda a quien aún no ha alcanzado la mayoría de edad– menoscaba de cierta manera el impacto psicológico que conlleva dicho término. Pues es elocuente y también sospechoso que sean adolescentes y no adultos las personas que encarnan tan peligrosa profesión, en caso de que pueda considerarse como un oficio real el asunto del asesinato a sueldo.

De acuerdo con la anterior cita, se intuye que ser sicario en la ciudad de Medellín podría ser sinónimo de adolescente o niño, incluso. Esto no quiere decir, sin embargo, que todo jovencito sea un sicario o que participe de los rituales del sicariato, pero sí que en este oscuro oficio participan personas bastante jóvenes, tal y como lo revela la novela y, sin ir muy lejos, la realidad misma. En este sentido, el asunto del héroe y del antihéroe estaría manifestándose, si bien no de modo expedito, por lo menos sí de un modo indirecto. Pues no resulta muy razonable que una persona que todavía no ha desarrollado sus facultades físicas y mentales (niños y adolescentes) se den al riesgoso ejercicio del sicariato, aun a sabiendas de lo transitorio que suele ser la vida de quienes hacen parte de ese fenómeno social. Esto los haría a su manera héroes y antihéroes contemporáneos. Por un lado, héroes, al tener que arriesgar sus propias vidas para sobrevivir; de otro, antihéroes, al no tener fe en la vida y al no aspirar a otra cosa que a la inmediatez. De esta manera, al existir sicarios cuyas vidas oscilan entre la infancia y la adolescencia, podría afirmarse que ha habido

hacia ellos una apatía inescrupulosa por parte del Estado y de la familia, que los ha dejado en manos de la violencia y del narcotráfico, y de todo aquel que quiera eliminar a otro sin halar de un gatillo, en lugar de haberseles brindado oportunidades de educación y de trabajos dignos, como debería ser. Estas contradicciones de un Estado que pregona igualdad para todos, pero cuya cruda realidad es bien distinta, hacen de esos jóvenes sicarios héroes y antihéroes en el sentido de que muchas son los derechos que se les ha hurtado y que la mayoría de ellos ni siquiera es consciente de esas injusticias.

Nótese, por ejemplo, cómo en la siguiente frase textual hay una tensión evidente entre las figuras héroe y antihéroe, encarnadas por Alexis, el primer joven sicario, amante de Fernando, el narrador; tensión cuya relación con la anomia es, de suyo, ostensible y total: “(...) vivos hoy y mañana muertos que es la ley del mundo, pero asesinados: jóvenes asesinos asesinados, exentos de las ignominias de la vejez por escandaloso puñal o por compasiva bala (...)” (Vallejo: 12). En esta cita existe una cruel paradoja: morir de manera natural y morir asesinado. De aquella se desprende el siguiente contraste: por una parte, el hecho de que los sicarios asesinados sean jóvenes, casi niños, o niños aun, hace de ellos héroes a su modo, dado que resulta un tanto absurdo, amén de repugnante, que sea la población joven la que desempeñe tan ominoso oficio. Por otra parte, el ser jóvenes asesinos, sin esperanzas en una vida duradera y pensando más en el presente que en asegurarse un futuro digno, los torna antihéroes contemporáneos. De otro lado, el asunto de la anomia se presenta cuando el narrador dice que esos jóvenes son asesinados, ya “*por escandaloso puñal, ya por compasiva mano*”. De ambas frases se infiere, como es apenas lógico, que aunque haya leyes y normas rígidas que prohíban y castiguen el asesinato, cualesquiera sean sus móviles, hay sujetos que se toman por propia mano la administración

de la justicia, sin importarles quiénes sean sus víctimas ni mucho menos que ellos sean victimarios inducidos sin duda por terceros. Lo anterior deviene, por supuesto, en una materia de franca anomia. Este asunto, vital en este trabajo, es habitual a lo largo de la novela; tanto es así, que no es infrecuente hallar frases que contengan implícitamente las figuras de héroe y antihéroe en permanente pugna o cada una de ellas por separado, lo cual deriva, la mayoría de las veces, en una cuestión anómica, como bien se lo ha expresado.

En relación con el asunto del paradójico héroe de la novela, otras citas en las cuales Vallejo da cuenta de él hasta este momento del análisis son estas: “(...) *como si fuera mi ángel de la guarda*” (p.17). “(...) *no voy a apagar la chispa de esperanza que me has encendido tú (...)*” (p. 17). “*Entonces entendí que Alexis no respondía a las leyes de este mundo (p. 19)*”. “*A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida... ya habrá matado a alguno y lo van a matar*” (p. 33). “*¿Cuántos muertos lleva este niño mío, mi portentosa máquina de matar?* (p. 36). “*Y añadió: ‘si querés, te quiebro a esa gonorrea’, con esos calificativos suyos que adoro*” (p. 39). “*Sin preguntar, me lo contó la Plaga. Él es un niño divino, maldadoso, malo, que se quedó también sin trabajo*” (p. 40). En dichas citas el narrador es muy claro al expresar una ingente admiración por Alexis, su joven amante, dadas las aventuras homicidas ejecutadas por este. De tal dimensión es su entusiasmo cuando habla de este joven, que lo exalta sobremanera, lo enaltece, lo idealiza, hasta hacer de él un héroe singular y global, así la frontera entre este y el antihéroe sea minúscula y, por ende, difusa, y más en un ámbito tan oscuro como lo es el del sicariato.

En la primera cita, Fernando pone a Alexis al nivel de un ángel guardián (comparación verosímil si se tiene en cuenta el gran amor que sentía por el joven sicario),

contradiciendo todo el escepticismo que hasta esta parte de la obra ha venido demostrando con cada una de sus opiniones descreídas y sus ironías descarnadas. Demuestra asimismo que está totalmente enamorado de Alexis, y que ese intenso amor por el muchacho es suficiente para cotejarlo con una figura angelical. De resultas de ese desacostumbrado pero razonable paralelo, puede deducirse que Fernando da un matiz heroico a su pareja sentimental al posicionarlo como su ángel de la guarda, ser ‘celestial’ que lo protegería de cualquier conflicto o impasse que tuviera con ciertas personas non gratas.

En la segunda, se nota cierta reconciliación consigo mismo y hasta con la humanidad, toda vez que hay una esperanza encendida, una pequeña luz (se infiere que probablemente antes no había el menor indicio de fe ni en una fuerza superior ni en nadie), la cual es representada por Alexis, quien le había dado esperanzas sentimentales, morales. En suma, las dos citas transcritas evidencian que de algún modo el joven sicario de la obra analizada guarda semejanzas, aunque un tanto heterodoxas, con héroes en su sentido clásico, así fluctúen sus bajezas o proezas entre el criminal de oficio que da seguridad al narrador por sus homicidios y el muchacho que es capaz de dar amor verdadero o por lo menos muy creíble, hasta ser capaz de devolverle las esperanzas a un incrédulo y decepcionado como Fernando.

Las últimas cinco citas constituyen, en conjunto, una apología directa al héroe y al antihéroe contemporáneos, figuras que se vienen examinando aquí y que son la razón de ser de este trabajo, y cuya línea divisoria entre ambas no solo es sutil, sino a menudo inexistente, como se comentó anteriormente. Es decir, que dadas unas acciones que pueden ser reprobables para una determinada colectividad, como asesinar a un hombre por dinero, o de cierta manera comprensibles para otro determinado grupo social, como matar para

poder comer, hacen de esas acciones, al mismo tiempo, un asunto de antiheroicidad y heroicidad. En otros términos, lo anterior quiere decir que las figuras de héroe y antihéroe coexisten de manera simultánea y alternativa en Alexis, el primer sicario que amó Fernando, y en Wílmur, el otro joven sicario que también sostuvo una intensa relación sentimental con el narrador, y de quien se hará un poco más adelante un análisis pertinente relacionado con ambas figuras y con la anomia.

Por otra parte, el asunto de la anomia, tan anejo al de las figuras diseccionadas aquí, Vallejo (1994) lo refleja con toda claridad en las siguientes cinco citas: *“Así, de cambio en cambio, paso a paso, van perdiendo las sociedades la cohesión, la identidad, y quedan hechas unas colchas deshilachadas de retazos”* (p. 34); *“El padre vino a saber que el muchacho era de profesión sicario y que había matado a trece, pero que de éstos no se venía a confesar porque ¿por qué? Que se confesara de ellos el que los mandó matar”* (p. 37); *“Mientras más se prohíbe, menos se cumple”* (p. 37); *“Eso que dije yo es lo que debió decir la autoridad, pero como aquí no hay autoridad sino para robar, para saquear la res pública...”* (p. 59); *“¡Pero miren qué hacinamientos! Millón y medio en las comunas de Medellín, encaramados en las laderas de las montañas como las cabras, reproduciéndose como las ratas”* (p. 59). Las citas son, por sí solas, elocuentes y certeras. En cada una de ellas, se nota que hay una transgresión brusca de la norma, de la ley (anomia). Al no existir autoridad, o al haberla pero al no ser respetada en lo más mínimo, los rasgos anómicos se explicitan de manera despejada. En las cuatro primeras citas, se aborda el tema de la anomia en toda su extensión y se plantea que las sociedades actuales, en especial la colombiana, representada por la ciudad de Medellín, que es el contexto donde se desarrolla la obra, no están cohesionadas de ningún modo; de ahí que el descontrol social, la violación

de la norma, o la formulación de leyes arbitrarias y sin ecuanimidad alguna, que favorecen a unos y perjudican a otros, sean el pan cotidiano de una sociedad cuyas patologías sociales son de toda laya, y que la novela denuncia sin el menor asomo de piedad o temor. En este sentido, el narrador es enfático al afirmar que la sociedad descrita está desarticulada y que vive una suerte de anarquía total, y que el caos absoluto parece ser la única forma de coexistencia de todos sus miembros, sin importar estrato o clase social. Por su parte, última cita constituye una crítica mordaz al desorden que impera en las comunas (miles de personas reproduciéndose sin control) y que tiene que ver, sin duda alguna, con un asunto de falta de norma, y que el narrador, a través de su ojo crítico y de su pluma ardiente y en ocasiones corrosiva, acusa sin truculencias verbales (eufemismos), y apelando a toda la crudeza de que es capaz (disfemismos), pero literaria, por supuesto. Así pues, las citas precedentes dejan al descubierto un asunto de cardinal relevancia: que a lo largo de la novela de Vallejo, marchan de la mano héroe y antihéroe, y que estos están surcados por asuntos anómicos, que son, por paradójico que parezcan, la esencia de una sociedad como la colombiana, donde no transgredir la norma equivale a estar al margen de cualquier prerrogativa, provenga de donde provenga.

En la medida en que avanza la trama de la novela, se patentiza, con acciones cada vez más directas, que aunque para algunos sectores de la sociedad actual lo que se narra son hechos antiheroicos, en dicho contexto, las condiciones son a la inversa, cada accionar de los personajes principales es magnificado con características heroicas desde todo el sentido de la palabra, mientras que se alude a Cristo como un antihéroe, cuando Vallejo (1994) dice que en Medellín no funciona ni la ley del talión ni la ley de Cristo. Esta última porque es Él quien introdujo el desorden y la impunidad en este mundo cuando promulgó el hecho de

poner la otra mejilla cuando se fuera golpeado (p. 85). Más adelante, Vallejo (1994) dice que Él mismo es el anticristo, es la propuesta y es la antítesis, su maldad es vista por todas partes, en los niños abandonados en las calles oliendo sacol (p. 87). Incluso se compara a Dios con un capo, porque asesina por medio de la mano del hombre, es decir, el hombre es su sicario (p. 91). Por el contrario, él, siendo un simple gramático en compañía de su ángel exterminador, van mereciendo aplausos cada vez que libran al mundo de mujeres embarazadas, de transeúntes pobres, o de cualquiera que se cruce en su camino, porque éstos son una plaga que se reproduce. Así mismo, esta es otra de las razones por las cuales afirmar la existencia de la Anomia en la obra analizada, ya que no funciona ninguna clase de ley, ni la divina puede con este desorden.

Cada planteamiento en las acciones es paradójico, ya que, como lo dice Vallejo (1994), ‘regalar’ la muerte es un acto heroico, por cuanto, de alguna manera, se le da remedio o se le pone freno al fenómeno del crecimiento de la natalidad, se le presenta competencia (p. 65), se le va enseñando a la gentuza alzada la tolerancia y se libra al mundo de tanto odio (p. 47) que para él narrador es el mayor problema en la sociedad. Paradójico porque incluso el mismo tono con el que se escribe está cargado de odio hacia esas personas de las que se quiere librar al mundo y, porque por obvias razones, el hecho de matar no es bueno, solo que el amor que profesa el narrador hacia su ángel vengador y su aversión hacia lo demás, le brindan la oportunidad de maquillar sus sombrías acciones para decir que son buenas.

Más adelante, él mismo (1994) se justifica cuando dice que el crimen no es apagar una vida sino “encenderla: hacer que resulte, donde no lo había, el dolor” (p. 79), luego de haber matado a seis borrachos en una acera de una cantina, que ratifica una vez más el

contraste, porque a un borrachito que gritaba que vivan las putas, los marihuaneros y los maricas y que abajo la religión católica, lo premiaron con un billetico para que siguiera su fiesta (p. 79), lo que constituye una visión errada, desde el punto de vista moral, al ser otorgado un premio por una acción grotesca. Esto hace que se haga presente una nueva característica de un héroe moderno, a la larga, un antihéroe.

Siguiendo la misma línea de análisis, se continúan comparando los planteamientos y pensamientos de Fernando respecto a lo que es heroico y lo que merece ser repudiado y odiado, en lo que se destaca el hecho de dar muerte, por encima de acciones solidarias como el recoger dineros o mercados para dárselos a los pobres, lo que según él, lo único que hace es perpetuar la pobreza, porque no es así como se apaga el incendio de la pobreza, que no es dándole casa a los que persisten en ser pobres, es cianurándoles el agua, aunque sufran un ratico, pero dejarán de sufrir años. Y el mal que ha hecho el fundador de “El minuto de Dios” con sus obras son méritos de un antihéroe, porque además, buscó ayudas de dineros provenientes del narcotráfico, que para él fue más que bueno para ayudar a sus pobres para seguir con su paridera (Vallejo, 1994: 80). En cambio, sí es muy bueno que haya asesinado a dos niños que peleaban junto con sus espectadores para apagar el odio, que refulgía con el calor del sol (p. 84) dijo que había sido parido como por obra de esa anomia que pulula en la sociedad retratada en la obra, que reina en el día a día de nuestra sociedad y que es lo principal que se denuncia de forma tan directa y reiterada, y esas eran las obras del ángel vengador (en este caso, expresado de forma irónica e incluso despectiva), apagar las vidas de dos promesas del pugilismo.

Con este tipo de tareas heroicas, Fernando calcula que Alexis pudo haber alcanzado alrededor de doscientos cincuenta asesinatos, entre hombres, mujeres embarazadas, niños y

otros asesinos, hasta que se convierte en víctima de sus propias fechorías y muere, luego de varios atentados fallidos en su contra, en una calle de Medellín, cumpliendo así otra de las características de los héroes clásicos, morir joven para elevar su estatus de héroe.

Después de la muerte de Alexis, se siente un cambio de tono en el narrador, ya no es imperativo, ya es más humano, va a la iglesia a pedir y vive en soledad, y hasta siente compasión por los niños hermanos de su ángel exterminador cuando así lo narra: “sentí una enorme compasión por ella, por sus niños, por los perros abandonados, por mí, por cuantos seguimos capotando los atropellos de esta vida. Le di algo de dinero, me despedí y salí” (Vallejo, 1994: 102). Es llamativo porque antes de esta muerte, lo único que destilaban sus expresiones eran rastros de odio y repudio hacia la niñez y la pobreza.

No obstante, unos días después todo volvió a empezar, se conoció con Wílmur, la “Laguna azul”, quien fue desde entonces su ángel de la guarda y tenía sus mismas características, incluso, lo conoció un lunes y al martes siguiente fueron a la peregrinación a Sabaneta, donde María Auxiliadora. Todo con Wílmur fue como lo que ya se había vivido y era inexplicable. Las mismas muertes, pero esta vez a manos del ángel de la guarda, no del ángel exterminador. “Más me valiera no haber salido, no haber nacido porque volvimos a lo de Alexis” (Vallejo, 1994: 116), esto fue lo que atinó a decir Fernando antes de aventurarse en las calles, en los buses, en las iglesias y en los taxis a cumplir con su papel de héroe como ya lo había hecho al lado de Alexis.

Para Fernando, el ángel de la guarda era “el enviado de satanás que había venido a poner orden en este mundo con el que Dios no puede” (Vallejo, 1994: 117). Una vez más, al amor que alcanzó a sentir por su niño le hacía ver sus actuaciones como las de un héroe y

aplaudía cada una de ellas, hasta lo justificó, sintiéndose cansado de tantas cosas normales de la vida así: “(...) y con la taza llena hasta el tope, rebosada hasta el rebose, he aquí que en Wílmар encarna al Rey Herodes” (p. 118), y por eso dio muerte a dos niños, a su madre y al conductor del bus que los transportaba. Y una vez más, las acciones antiheroicas salen a flote y Fernando las loa, y el loco que iba inyectando cianuro a las mujeres embarazadas es mirado como un héroe (Vallejo, 119), se repite que lo que en la normalidad es digno de repudiarse y de condenarse, para el narrador es lo más heroico, incluso no lo llama loco sino santo, pide conocerlo para darle un diploma al mérito y más cianuro para que continúe con sus hazañas.

Al fin, la muerte de Wílmар se da como la del Alexis, al cumplir con la característica de los héroes clásicos, que tienen que morir jóvenes para que sus actos heroicos perduren en el tiempo, al igual que con las características de los antihéroes contemporáneos, jóvenes sin leyes que van más allá de la frontera de lo prohibido, que se aferran con fervor a María Auxiliadora, pero cuyas existencias son muy breves y ellos sí que lo saben. Fernando, por su parte, alcanza a ver solo la mirada de ellos después de que han muerto, de tal modo que así continúa con su soledad, y con la incierta esperanza en un futuro mejor, aunque sea en otra parte.

Consideración final

La presunción o hipótesis de que a los protagonistas de La virgen de los sicarios los atravesaban alternativa o simultáneamente las figuras de héroes y antihéroes, y que estas emergían como consecuencia de un asunto de anomia, ha sido demostrada con creces en el

último apartado o acápite del presente capítulo, titulado *Héroes y antihéroes en La virgen de los sicarios: análisis e interpretación de categorías*. Para tal demostración, los investigadores se basaron en distintas categorías de análisis como la anomia y la novela de crímenes en Colombia, entre otras, y con base en esas categorías, sustentaron con citas literales de la novela que en los protagonistas Alexis y Wilmar sí coexistían las figuras mencionadas.

Desde la introducción a este trabajo, se viene diciendo que las inquietudes personales de los investigadores tenían que ver con la sospecha de que las figuras expresadas sí podían darse en la novela, y que ambas –héroe y antihéroe- estaban sustentadas por asuntos anómicos que circundan por doquier en Colombia, basta ser un mediano observador para corroborarlo. Así pues, los investigadores pensaron que desplegando unas categorías de análisis como *La anomia como concepto; manifestaciones de la anomia en la literatura colombiana; la novela de crimen: un género colombiano por excelencia; sobre el héroe y el antihéroe, breve conceptualización*, podían emprender una quinta, relativa en exclusiva a las figuras de héroe y antihéroe, con la que sustentar con hechos literarios la hipótesis que es la razón de ser de este trabajo.

De ahí que el resultado final sea la confirmación de que en efecto en los protagonistas sicarios Alexis y Wilmar cohabitaban al mismo tiempo y de vez en cuando de manera alternativa, las figuras señaladas. Dicho resultado es, pues, la confirmación de la hipótesis central que cruza este trabajo. Cada una de las citas transcriptas, con los respectivos análisis de los investigadores, son suficientes para sostener que la hipótesis que les preocupaba ha sido ratificada, no solo con las citas extraídas de la obra, ni con los asuntos anómicos que permean la misma, ni con la teoría sobre la novela de crímenes en

Colombia, sino con todo el análisis que desde el primer capítulo, pasando por el presente y terminando por el tercero y último y por las conclusiones generales, se ha venido llevando a cabo. En suma, los análisis de los investigadores han bastado para arrojar como resultado que en la novela *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo están presentes las figuras de héroe y antihéroe, en una compleja relación de alternancias y tensiones, como se lo ha expresado en enésimas ocasiones a lo largo de estas páginas.

CONCLUSIONES GENERALES

La realidad que ha circundado la actualidad mediática de este país ha permeado indefectiblemente la cultura, el modo de vivir, el de pensarse, y afecta también las perspectivas de mirada y pensamiento que se puedan tener en otros países del mundo. De igual manera, ha hecho también que se piense que el futuro es incierto, en la medida en que, por ejemplo, en años anteriores, en la Medellín retratada en *La Virgen de los Sicarios*, la expectativa de vida de sus habitantes era como se menciona: ““A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida (...) ya habrá matado a alguno y lo van a matar” (Vallejo, 1994: 33), y eso, con seguridad, ha marcado en gran medida la vida de todo colombiano.

Algunos años después, aunque con muchos esfuerzos por alcanzar cambios significativos, hay algunas acciones que, como demanda Vallejo en el objeto de estudio aquí analizado, se repiten porque hacen parte del destino de Colombia, destino que es poco promisorio y que se tornará eterno si la mayor parte de la sociedad no da un giro en cuanto a lo que es su forma de pensar con respecto a temas fundamentales como la pobreza de pensamiento y la ignorancia. Estas temáticas son para él las culpables de que la política y la religión sean los principales focos de la propagación de acciones injustas y desiguales, y que hacen que todo se perpetúe, y lo peor de todo, ante los ojos vendados y las manos atadas, pero con el permiso de la ignorancia segregada en un pueblo sumiso que no exige de ellos sino lo mínimo.

Así es esta realidad, digna de ser ficcionada porque por sí misma es como una obra de teatro en la que cada uno es el actor principal, y Vallejo con su estilo mordaz y su capacidad crítica, tuvo la suficiente habilidad de ver en personajes del común, de las calles

y de carne y hueso a héroes contemporáneos, por cuanto son capaces de hacer cualquier cosa para sobrevivir o para conseguir lo que quieren. Estos héroes de la realidad Colombiana que distan notablemente de los héroes clásicos o medievales, que aceptaron sin temor su condición humana, aquella que dicta ser lo mejor y lo peor paralelamente y que simplemente adoptaron condiciones, en tanto se adaptaron al medio hostil que proponía una sociedad degradada. Joseph Campbell en su libro *El héroe de las mil caras* (1949), plantea, desde lo que sería tal vez un enfoque muy psicológico, los ciclos por los que pasa el héroe en las diferentes culturas: la partida, el inicio y el retorno. En la desequilibrada sociedad colombiana narrada por Vallejo, y los héroes que habitan en ella, este proceso se maneja con particularidades; la partida y el inicio se pone de manifiesto a temprana edad y son indiscutiblemente un destino ineludible, y el retorno, visto por Campbell como un reencuentro consigo mismo, con la realidad última, es en el contexto colombiano el encuentro con la muerte, esa es la realidad última de este héroe-antihéroe de la ficción antioqueña.

Con esto plantea en su obra una especie de antítesis según la mirada que se pose sobre cada personaje en su novela más polémica y más reconocida, *La Virgen de los Sicarios*. En ella se ve cómo primero para Fernando, el narrador (no para el escritor), Alexis, el ángel exterminador, y luego Wílmur, el ángel de la guarda, van imponiendo la ley de las balas, la ley del más fuerte para convertirse en sus héroes, porque así van erradicando para siempre el odio de esta tierra (Vallejo, 1994: 47-84), o porque así se le hace guerra a la paridera (p. 65). Sin duda alguna, estas son características propias del antihéroe de la ya clásica picaresca o de la más actual sicaresca.

Con esos planteamientos, se evidencia una vez más que la pugna entre el héroe y el antihéroe es tan añeja como la existencia del bien y del mal, como la del blanco y del negro, de lo claro o lo oscuro, solo que se va transformando para verse camuflada en todo cuanto le sea posible para sobrevivir, y así va teniendo batallas en las que cada cual se alza con sendas victorias. Este trabajo emprendió, pues, una de esas batallas, y espera que luego del análisis de esa confrontación y la propuesta de una lectura más artística que moral de La Virgen de los Sicarios, permitan dar un paso más para una definitiva victoria heroica, primeramente para la educación, y luego para una sociedad necesitada imperativamente de un cambio de mirada hacia el cómo se ha vivido y concebido la realidad cultural, social, política y religiosa del país.

CAPÍTULO 3

PROPUESTA DE LECTURA ESTÉTICA DE LA VIRGEN DE LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO

A modo de Justificación

La literatura no es un producto de la nada, no es como una isla solitaria creada porque a un autor determinado le haya llegado su musa inspiradora, no. Es fruto del trabajo, de la investigación y del empeño por dar cuerpo, más bien, a una idea que inspira. Una obra artística como la que aquí es analizada requiere que su autor navegue en las aguas más profundas de esa isla, que las conozca, que a las más turbias las haya enfrentado y las domine para hacer que gracias a la ficción, cuando la idea cristalizada salga a flote, perdure en el tiempo, dado que refleja el contexto en la cual se inscribe; esa es la importancia de la literatura.

La virgen de los sicarios es una muestra clara de que los contextos se immortalizan en la literatura; es así como los jóvenes que habitaron en esa Medellín, si hoy viven, se verán reflejados en sus líneas y recordarán cada acción como si fuera un retrato de sus vidas. Los personajes encarnan las pasiones, los odios y miedos de su autor, que describe sin menoscabos lo terrible que es una sociedad en la que ha reinado la ignorancia, la corrupción y la violencia.

Como en la obra, héroes y antihéroes de carne y hueso pasan por nuestras vidas, y cada cual, de acuerdo con sus perspectivas, guiadas indefectiblemente por lo que ha vivido

y estudiado, alcanza a considerarlo del modo que reflexione, incluso que le toque según las circunstancias en las que se encuentre. Lo que se pretende en este capítulo es que desde la escuela esa perspectiva cambie, porque es la educación la que permite abrir los horizontes para volver la hoja a esa realidad que tanto ha frenado el progreso en nuestra sociedad, y que, luego de una buena reflexión, se evidencia que es lo que grita el narrador con su lenguaje directo y punzante para abrir los ojos del lector. Lo que se pretende es que ese grito no se ahogue en ninguna pared de ignorancia ni en ninguna de las que imponen los estamentos que ahí se denuncian, se quiere que haya voces que multipliquen lo imperativo que es un cambio de actitud hacia los temas esenciales de la vida. Para el autor, solo así, es posible un cambio total, incluso en el destino de nuestro país.

Teniendo en cuenta estas afirmaciones y de la mano con los planteamientos abordados y presentados con suficiencia en la presente investigación acerca de las tensiones entre héroe y antihéroe, es menester recordar que es importante, además, dar una mirada crítica que sea capaz de encontrar los elementos estéticos que hacen que el objeto literario examinado pueda ser visto en el contexto escolar no como se ha pretendido demostrar en algunos de los campos de la crítica, sino como una obra de un potencial reflexivo y crítico tremendo, dispuesto a ser escudriñado y estudiado, con el fin de demostrar que hay diversas posibilidades de análisis y, sobre todo, de trabajo en el aula.

La actualidad que nos rodea y el ritmo de vida que se lleva exigen cada vez más que haya mentes abiertas dispuestas a los cambios de paradigmas que han sido como un legado en las diferentes culturas a través del tiempo. Desde este punto de vista, las licencias que se permite Vallejo en su obra brindan posibilidades de ser más liberales en algunos temas que se han considerado inabordables en la escuela y en la vida pública. Por eso, esta es una

propuesta de trabajo con una obra que por su temática ha sido excluida de los contextos escolares. Así pues, dicha propuesta va a permitir transformar positivamente el pensamiento en nuestras instituciones.

Lo anterior nos lleva entonces a implementar una propuesta de lectura crítica y a la vez estética de la obra en cuestión. Conscientes del reto que supone emprender esta tarea, estamos convencidos de que la lectura de obras como esta acerca a los lectores (estudiantes) a la criticidad y sobre todo a implementar la memoria, no como un proceso cerebral, sino como una manera de sanar personal y socialmente.

OBJETIVOS

General: Crear las condiciones de posibilidad para hacer una lectura en la dimensión estética de “La Virgen de los Sicarios”.

Específicos

- Proponer una perspectiva de comprensión que permita cuestionar el canon en la literatura y a quienes lo imponen.
- Potenciar la capacidad escritural y creativa de los estudiantes.
- Favorecer la producción de textos narrativos inspirados en las diferentes problemáticas sociales

METODOLOGÍA

El proyecto se ejecutará en las instituciones Rural Santa Rosa de Lima del municipio de Giraldo, Ezequiel Sierra, sede Juan María Gallego de Guarne y Escuela Normal Superior del Nordeste, Yolombó, y específicamente con los estudiantes de grado octavo por dos razones concretas. La primera es que según las directrices dadas por los Estándares Nacionales de Educación, es justamente en este grado en el que se deben realizar estudios sobre la Literatura Colombiana, y la segunda, obedece al hecho de darle continuidad al proyecto en los años posteriores. De esta manera, se garantizará que la transformación en las instituciones sea más significativa, por cuanto trascenderá en la medida que va a estar bien fundamentado desde lo teórico, lo didáctico, y, sobre todo, desde el acompañamiento profesional.

Antes de acercarnos a la obra...

La virgen de los sicarios no es una novela que se pueda leer de manera desprevenida, y mucho menos cuando se trata de lectores igualmente desprevenidos, en este caso, estudiantes de corta edad, que aún no tienen un bagaje literario, y que leen, si es que lo hacen, con el único objetivo de entretenerse, o lo que es aún peor, buscan eso que la escuela les ha obligado a encontrar, la moraleja o la enseñanza, forzando las obras a interpretaciones amañadas y fuera de foco. Para acercarse a ella, se debe entonces realizar un trabajo previo que le permita al lector entender lo que a primera vista es un espectáculo de horror, crimen y homosexualidad.

Con el ánimo de evitar esta primera impresión, se proponen las siguientes acciones que allanen el terreno del lector:

- Se realizará un breve recorrido por la Literatura Colombiana desde sus orígenes hasta la actualidad, lo que nos permitirá llegar a la obra en cuestión y evidenciar un contexto social, además de literario, que facilite la comprensión de la obra. De esa manera se validarán premisas de la obra como aquellas que aseguran que Colombia ha sido un país violento desde siempre, pero se han renovado las formas de violencia.
- Se sugiere también el trabajo transversal entre áreas, pues resulta muy conveniente un recorrido histórico y político, guiado por el docente del área de sociales que permita expandir la comprensión del contexto en el que se enmarca la novela.
- Apegados a la propuesta de *Lineamientos Curriculares de Lengua Castellana* y en el eje referido a los procesos culturales y estéticos asociados al lenguaje: *el papel de la literatura*, retomamos lo que en los Lineamientos se denomina como

aspectos fundamentales en el estudio de la literatura: la literatura como representación de la (s) cultura (s) y suscitación de lo estético; – la literatura como ámbito testimonial en el que se identifican tendencias, rasgos de la oralidad, momentos históricos, autores y obras, se propone una profundización desde los paradigmas de la *estética y la historiografía y la sociología*. (Curriculares, L. (1998). Lengua castellana. Santafé de Bogotá: Magisterio). Lo anterior lleva a la selección de dos basamentos teóricos que permitan profundizar en los paradigmas ya mencionados. La narratología para enfatizar el paradigma estético y la sociocrítica para la historiografía y la sociología.
- Es necesario que se aclaren las categorías de análisis trabajadas que son las que sustentan la investigación y que tienen que ver con los conceptos de anomia, de héroe y de antihéroe, según sean los contextos de la obra o el vivido, como se ha

visto, para que desde ahí, los estudiantes tengan claros los horizontes hacia los que apunta el proyecto y puedan vislumbrar de entrada el tipo de mirada y postura que deben adoptar como actores principales del proyecto.

Durante la lectura...

De manera que el proyecto no muera o pierda su fuerza en el primer año de ejecución, y aprovechando las bondades del lenguaje a través de la literatura, se plantean diferentes actividades y modalidades, tipo concurso, que ayudarán a que, por el contrario, cada vez tome más fuerza hasta volverse algo institucionalizado.

- Teniendo en cuenta que el tema principal sería el antihéroe, se plantea la realización de un concurso de caricatura, ya que las caricaturas mismas son consideradas como representativas de lo antiheroico.
- El planteamiento de un concurso de cuento cuyo tema principal sea el antihéroe, el cual incluso puede extenderse a los grados y grupos de toda la institución para que de esta forma, el proyecto sea conocido por todos y cada uno de los integrantes de aquella.
- La realización de hipertextos realizados a partir de los vacíos narrativos (elipsis) encontrados a lo largo de la obra por parte del grado octavo.
- Se proyecta también un concurso de crónicas, para que los estudiantes posean un abanico de posibilidades a la hora de producir textos escritos.

EVALUACIÓN

Es evidente que una de las grandes responsabilidades del docente es brindar las herramientas suficientes y necesarias para acercar a los estudiantes al pensamiento crítico y reflexivo, no se trata de enseñarles qué pensar, sino más bien de enseñarles a pensar, no se trata de decirles qué leer sino de enseñarles a leer. Lo anterior le apuesta entonces a una cierta autonomía por parte del lector, quien a través de las directrices docentes asume la lectura de manera responsable, obedeciendo a sus propias necesidades e intereses. Lo que este proyecto busca es, básicamente, brindar una serie de herramientas a los estudiantes para que ellos puedan seguir explorando el vasto universo literario, pero despojados de prejuicios y predisposiciones que alteren el real sentido de los textos.

Una evaluación con carácter formativo e integral tendrá que ser el centro de esta propuesta, pues más que mejorar cuestiones gramaticales u ortográficas, se le apuesta a la formación de ciudadanos críticos y reflexivos, capaces de entender y cuestionar su entorno. Para ello, entonces, la investigación, la socialización y las prácticas que retroalimenten los conocimientos serán fundamentales para el buen desarrollo del proyecto.

REFERENCIAS

Abad Faciolince, H. (1994). Lo último de la sicaresca antioqueña. Periódico El Tiempo, 10 de julio de 1994. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-167131>

Abad Faciolince, H. Tres recuerdos con Fernando Vallejo. El Malpensante. Recuperado de: http://www.elmalpensante.com/articulo/2052/tres_recuertos_con_fernando_vallejo

Acevedo Restrepo, Delfín. Fernando Vallejo y sus padres. Periódico El Mundo, 2 de junio de 2007. Recuperado de: <http://www.elmundo.com/portal/pagina.general.impresion.php?idx=54915>

Astutti, A. (2003). Odiar la patria y aborrecer la madre: Fernando Vallejo. Recuperado de: http://www.celarg.org/int/arch_publici/astutti_odiar_la_patria_y_aborrecer_la_madre.pdf

Caracol radio. Fernando Vallejo: “Colombia es un país asesino, oportunista y traidor.” Caracol, febrero 19 de 2005. Recuperado de: <http://www.caracol.com.co/noticias/actualidad/fernando-vallejo-colombia-es-un-pais-asesino-oportunista-y-traidor/20050219/nota/145059.aspx>

Camacho Delgado, J. M. (2006). El narcotremendismo literario de Fernando Vallejo. La religión de la violencia en La Virgen de los sicarios. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, año (32) (63/64), 227-248. Recuperado de: <http://www.jstor.org/discover/10.2307/25070333?uid=2&uid=4&sid=21104285035701>

Campbell, J. (1959). El héroe de las mil caras. Fondo de cultura económica, Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

Díaz López, S. (2013) “Estos periodistas de este país son viles, arrodillados...”.

Recuperado de: <http://www.las2orillas.co/estos-periodistas-de-este-pais-son-viles-arrodillados-dice-fernando-vallejo/>

El Diario de un observador. Fernando Vallejo, el Marqués de Sade colombiano, viernes 13 de mayo de 2011. Recuperado de: <http://eldiariodeunobservador.blogspot.com/2011/05/fernando-vallejo-el-marques-de-sade.html>

El Espectador.com. Fernando Vallejo y su participación en la Feria del Libro de Bogotá. El espectador, mayo 5 de 2014.

Entrevista realizada de Jaime A. Orrego. Illinois Wesleyan University. Recuperado de: <http://www.escriitoresyperiodistas.com/NUMERO27/jaime.htm>

Forero, G. (2005). La metonimia de Colombia en La Rambla Paralela de Fernando Vallejo. Recuperado de: http://www.academia.edu/3331525/La_metonimia_de_Colombia_en_La_Rambla_paralela_de_Fernando_Vallejo

FORERO, G. (2009). La novela de crímenes en Colombia a partir de la teoría de la anomia: el caso del Comandante Paraíso de Gustavo Álvarez Gardeazábal. *Lingüística y Literatura*, (55), Universidad de Antioquia, 73-85.

Garay S., L. Colombia: estructura industrial e internacionalización 1967-1996.

Recuperado

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/economia/industriatina/202.html>

de:

Giraldo, L. M. & Guerrero, D. (2007). Por qué Fernando Vallejo es así. Recuperado

de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2493848>

Giraldo, L. M. & Salamanca-León, N. (2013). Fernando Vallejo, hablar en nombre propio. Bogotá, Colombia. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Girola, L. (2005). Anomia e individualismo: del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo. Azcapotzalco, México. Editorial México, Universidad Autónoma Metropolitana.

González Álvarez, C. (S.F). La intertextualidad literaria como metodología didáctica de acercamiento a la literatura: aportaciones teóricas, 115-127.

González, S. A. (2009). Saide: ensamble de una Novela Negra. Lingüística Literatura (55) Universidad de Antioquia, 95-106.

González Santos, F. (2006). Pensar la muerte, una lectura con Gilles Deleuze a la obra de Fernando Vallejo. Bogotá, Colombia. Universidad Pedagógica Nacional.

- Hoyos, H. La racionalidad herética de Fernando Vallejo y el derecho a la felicidad.
23 de febrero de 2010. Recuperado de: file:///C:/Users/EQUIPO7/Downloads/-data-Revista_No_3510_Otras_Voces_02.pdf
- Joseth, Jacques. Entrevista a Fernando Vallejo. Université de Liège. Revista Iberoamericana, vol. LXXII, núms. 215-216, abril-septiembre de 2006, pág. 1.
Recuperado de: <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/104/104>
- Lineamientos Curriculares. Lengua Castellana. (1998). Bogotá, Colombia. Magisterio
- Lozano, P. El exguerrillero Carlos Pizarro ametrallado en un avión en vuelo.
Periódico el País, viernes 27 de abril de 1990. Recuperado de:
http://elpais.com/diario/1990/04/27/internacional/641167201_850215.html
- Medrano-Ollivier, C. (2005). De la transgresión del modelo de los discursos realistas a una estética vallejana. América: Cahiers du CRICCAL (FRANCIA), (34), 69-77.
- Pérez Burgos, S. Ética y Educación: una tensión abierta entre lo real y lo posible.
(Sin más datos bibliográficos).
- Pöppel, H. (2001). La novela policiaca en Colombia. Medellín, Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.

Ramírez Peña, L. A. (2012). Estudios lingüísticos que antecedieron las teorías del discurso literario. Bogotá, Colombia. Instituto Caro y Cuervo.

Rey, M. (2013). Fernando Vallejo, hablar en nombre propio. En los frágiles, coloridos y volátiles globos colombianos de Fernando Vallejo: una constante e intensa evocación. Bogotá, Colombia. Valoración múltiple, autores colombianos.

Reyes, F. L. (S. F). Migrar por la ciudad. Análisis de la virgen de los sicarios.
Recuperado de:
http://www.fuac.edu.co/recursos_web/descargas/grafia/grafia5/migrarciudad.pdf

Rodas, J. C. (2006). La p(s)icaresca: ¿un género literario nacido en Medellín?
Recuperado de: <http://scienti.colciencias.gov.co:8084/publindex/docs/articulos/0120-1363/4/49.pdf>

Rodas, J. C. Lenguajes urbanos. Bancoobjetos Universidad Pontificia Bolivariana,
28 de abril de 2007. Recuperado de:
<http://eav.upb.edu.co/banco/sites/default/files/files/Lenguajesurbanos.pdf>

Savater, F. (2004). La tarea del héroe. Barcelona, España. Ediciones Destino.

Searle, J. (S. F). El estatuto lógico del discurso de ficción. Traducción de Francisco Zuluaga del departamento de ciencias del lenguaje de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Vallejo, F. (1994). La virgen de los sicarios. Bogotá, Colombia. Primera Edición, Editorial Alfaguara Hispánica.

Waldmann, P. (2007). Guerra civil terrorismo y anomia social, el caso colombiano en un contexto socializado. Bogotá, Colombia. Editorial Norma.

W. Said, E. (2006). Humanismo y crítica democrática. Random House Mondadori, S.A. Barcelona.